

EL PRO
Y
EL CONTRA

PARADOJAS

POR

D. ANTONIO M.^A DEL VALLE Y SERRANO

MARQUÉS DE VILLA-HUERTA



MADRID—1890

TIPOGRAFIA DE LOS HUÉRFANOS

5— Juan Bravo — 5

EL PRO Y EL CONTRA

PARADOJAS

PRÓLOGO

Por regla general, los defectos de cada uno se convierten á sus propios ojos, si no en cualidades, al menos en faltas tanto más disculpables, cuanto más acostumbrado se halla el ánimo á incurrir en ellas.

Y si esos defectos provienen del carácter ó del temperamento, acaba cada cual por ver el mundo y la sociedad que le rodea á través del falso prisma que su desarreglo intelectual le sugiere.

Así resultá, si no imposible, muy difícil que dos personas de distinto carácter ó temperamento logren ver las cuestiones que más directamente afectan á su modo de ser de manera idéntica ó parecida, y por esta causa, los razonamientos de cada uno nunca llegan á convencer al otro.

Mi objeto al escribir este libro ha sido hacer visible ese poder del amor propio, que arrastra, aun á los espíritus más imparciales, á defender sus defectos y á mirar con severidad los ajenos.

Me propongo, pues, poner frente á frente el pro y el contra de los distintos pareceres, para hacer ver á unos y á otros cuán fácil es la defensa de todos ellos, y cómo se equivocan los hombres al juzgarse tan benévolaente, cuando de la misma manera y con igual dato de razonamientos sus opuestos se defienden también.

He creído que el mejor modo de hacer resaltar esta oposición de creencias es el de que exponga cada cual su propio parecer, y por eso he elegido como forma el monólogo, pues que en un diálogo, el deseo de vencer al contrincante esfuerza la imaginación buscando sofismas á falta de buenas razones, mientras que á solas con nosotros mismos, nuestros argumentos son expresión de mayor sinceridad, aunque ésta no pueda llegar á ser completa en muchos casos.

He procurado al mismo tiempo huir de la defensa de vicios y crímenes por todos unánimemente reconocidos como tales, pues que si bien en la conciencia elástica del criminal quizás hallen disculpa, sublevaría naturalmente la imparcialidad y buena fe de mis lectores.

No se me oculta, sin embargo, que los que recorran estas páginas han de hallar mucho de sofisticado en ellas, según las opiniones y convicciones de cada cual; pero éste es un escollo imposible de evitar, dada la índole de mi trabajo.

Si no he acertado en la forma, en los detalles ó en el fondo de mi escrito, pronto he de hallar pena adecuada á mi culpa en el olvido de los que lean este libro.

Para concluir, conste que al oponer caracteres á caracteres, mi educación, mis creencias y mis sentimientos son y serán siempre en favor de aquellos que representan los más puros ideales y la mayor elevación del alma.

EL HOMBRE

Dejando á un lado toda galantería y ahora que no me oye ninguna mujer, debo decir la verdad desnuda. El verdadero rey del mundo es el varón. La mujer se guía más por el corazón que por la cabeza, más por la fantasía que por la inteligencia, y esta verdad, que de puro repetida y confirmada ha llegado á ser el más vulgar de los axiomas, hace que la mujer sea más voluble y tornadiza que el hombre. De ahí se deduce que la mujer es inhábil para elaborar ese trabajo lento pero seguro que conduce al progreso de la humanidad, trabajo que exige en primer término reflexión y método sostenidos. Y por esta razón, en todos los pueblos el hombre domina. Él es el señor, y la mujer, en unos es esclava, en otros compañera, pero siempre reconociendo la superioridad de su señor, ó de su compañero. Desde el punto de vista estético no hay motivo alguno para que seamos una excepción de esa ley que invariablemente rige á todos los seres animados, y en virtud de la cual los machos son siempre más bellos, de más vivos colores y de proporciones más gallardas que las hembras. La galantería y la inclinación al otro sexo nos hace proclamar lo contrario; pero si pudieran hablar aves y cuadrúpedos, quizás serían tan galantes con sus hembras como nosotros con las nuestras.

LA MUJER

La fuerza física es la única ventaja que nos llevan los hombres, y aun en las grandes crisis de la vida, nuestra resistencia corporal suele ser muy superior á la suya.

En todo lo demás las aventajamos sin disputa. Como inteligentes, poseemos ese golpe de vista, esa admirable intuición, esa seguridad en el juicio, á la cual no llegan los hombres sino después de largos racionios. Colocadas por las preocupaciones sociales en nivel más bajo que nuestros señores, para conseguir dominarlos necesitamos emplear ese tacto exquisito, esa lucidez de la inteligencia de que ellos no son capaces nunca. Y que resultamos triunfantes, lo demuestran los hechos.

Respecto á la fantasía, á pesar de esa otra preocupación que nos aparta del ejercicio y gloria de las bellas artes, ¡cuántas mujeres conquistan la inmortalidad contra viento y marea! ¡Y cuántas más la conquistarían si los hombres no acapararan su ejercicio poniéndose en evidente contradicción! Porque al par que confiesan nuestra superioridad imaginativa, niegan nuestra mayor aptitud para las obras artísticas. Tocante á sentimiento, la más divina de las facultades humanas, todos los hombres reconocen nuestra superioridad, y como belleza física no cabe punto de comparación entre las formas angulosas, el color quebrado, la voz ruda y los bruscos movimientos del hombre, al lado de nuestra morbidez y suavidad, nuestro sonrosado color, nuestro dulce timbre y nuestros graciosos movimientos.

DON QUIJOTE

Que se rían de mí, no me importa.

He resuelto dedicar mi vida á combatir por todas partes las injusticias y explotaciones criminales, y no me han de atajar en mi resolución, ni la crítica malévola de los envidiosos, ni la sonrisa sarcástica de los egoístas, ni el poder ni la fuerza de los malvados. Hasta morir he de luchar en pro de la inocencia perseguida y de la virtud humillada.

Quiero demostrar con mi ejemplo, que no en balde posee el hombre un alma cuyas más sublimes facultades son la caridad, y la intrepidez siempre que de hacer bien se trate.

Si sucumbo en la lucha, mi muerte habrá servido á la regeneración del sér humano y á la demostración de cómo el hombre debe morir; y si venzo, cada victoria será también el triunfo de la justicia.

Allí donde haya un desafuero que remediar, allí estaré yo sin contar el número ni el poder de mis adversarios.

Esta conducta me parece la única digna, la única natural en quien pretende merecer el nombre de rey de la creación.

SANCHO PANZA

Dejémonos de bromas. La caridad es una cosa, y otra cosa el meterse en lo que á uno ni le va ni le viene. Siempre he observado que aquel que emplea toda su fuerza y su inteligencia en cuidados ajenos, acaba por tomarse un trabajo que nadie le agradece, y en cambio sus propios asuntos van por donde Dios quiere. Además, son tantas las injusticias y males que nos rodean, que aviados estaríamos si fuésemos á remediarlos todos; y si no pueden ser todos, nuestra elección es ya una injusticia.

Así, mi conducta es lo más natural del mundo. Cuidar en primer término de lo mío y después acudir á remediar lo que pueda, siempre que mi individuo no salga malparado, porque la caridad bien entendida debe comenzar por uno mismo, y esta máxima saldría fallida si mi persona padeciese en pro de lo que menos me importa.

Dirán que soy egoísta; pero hablando en plata, debe ser muy racional lo que yo pienso, cuando los más obran en el mundo como yo, y al decir los más, me refiero á los buenos, porque en cuanto á los otros, cometen en una hora más maldades que yo en toda mi vida.

EL AMIGO DEL CAMPO

Quédense las ciudades para el empleado, el comerciante ó el obrero. Resérvese su aire viciado, la estrechez de sus viviendas, la carestía de su vida, su confusión y movimiento mareantes, la falsedad de sus sociedades, sus vicios y sus peligros, para aquellos que necesitan del bufete, de la tienda ó de la fábrica para poder vivir.

Busquen en cambio: el artista los esplendores de la naturaleza para la inspiración de sus mejores obras; el filósofo la calma y tranquilidad de los campos para el método y sagacidad de sus raciocinios; el inventor la presencia de los grandiosos fenómenos naturales para sorprender sus secretos y posibles aplicaciones; el sabio las augustas soledades para continuar sin estorbos ni influencias molestas el estudio de las ciencias, artes ó historia; busque el sibarita el aire puro, los alimentos sanos, las habitaciones espaciosas y los paseos y diversiones higiénicas que son patrimonio del hombre rico de las aldeas; el desengañado y el triste el dulce bálsamo de la vida solitaria; el niño el vigor y la alegría y el joven la conservación de sus ideales lejos de las miserias y prosa de la ciudad; el hombre en la plenitud de la existencia, las viriles ocupaciones de los campos y el viejo el reposo de sus últimos días. Busque, en fin, allí el rico la mayor suma de comodidades, y el pobre la mayor baratura de la vida y la mayor independencia en el trabajo.

EL AMIGO DE LA CIUDAD

Por algo es regla general en todos los pueblos cultos el incesante aumento de la población en las ciudades. Por algo el pensador, el artista y el filósofo, de la misma manera que el hombre emprendedor, el comerciante, y hasta el humilde obrero, emigran de las aldeas, su suelo natal, al bullicio de la metrópoli, tan pronto como se inician sus ideales ó sus conveniencias.

Y tienen razón. Quédese el campo y las aldeas para el pobre labrador que pasa toda una vida de trabajos y escaseces cultivando su pequeño terruño para morir tan miserable como nació, ó para el pobre de espíritu, que huye del emporio de la vida y las ideas, temeroso quizás con fundamento, de que la mayor altura intelectual de las ciudades haga resaltar la pequeñez de su propia inteligencia.

Busquen: el artista los grandes modelos y los grandes ideales; el filósofo la inmensa corriente de ideas y teorías; el inventor los antecedentes y materiales necesarios para su obra; el sabio las bibliotecas y conferencias que han de esclarecer su estudio; en las ciudades y sólo en las ciudades. Busquen: el sibarita las comodidades y placeres que sólo en ellas se encuentran; el desengañado y triste su bullicio y distracciones como alivio de su dolor; el niño la conveniente educación; el joven el desarrollo de sus ideas; el hombre viril la plenitud de la vida, y el viejo el olvido de su decadencia. Busque, en fin, la ciudad el rico para su mayor dicha, y el pobre para encontrar en su trabajo el modo de hacerse rico.

EL BUEN MOZO

Lo que voy á decir no se puede contar á nadie.

La envidia lo traduciría por fatuidad, pero ahora que estoy solo puedo afirmarlo sin reparo: la hermosura es uno de los menos discutidos poderes de la tierra.

En la mujer es casi una necesidad y en el hombre uno de los primeros auxiliares de la dicha.

Un buen mozo encuentra abiertas todas las puertas y sólo le queda la dificultad de la elección.

¿Es el amor su ideal? Pues con una mirada, la encantadora niña, célebre por su altivez y belleza, queda rendida. ¿Prefiere el vil interés? Pues Cupido se convierte en agente de cambios mediante una ligera comisión de pasajeras contrariedades.

Pues ¿y tocante al amor propio? El buen mozo recorre la vida en constante triunfo. Si es vanidoso, el bello sexo se encarga de disculparle con esta palabra: ¡Es tan guapo! Y si es modesto, ¡oh! entonces la admiración de todos sube de punto y le convierte en un héroe.

Por último, en todos los pueblos el entusiasmo y la imaginación han representado con belleza física á cuantos asombraron al mundo con sus proezas.

Esto más que nada prueba que la hermosura ha sido siempre emblema de grandeza de alma.

EL FEO

Soy feo: lo confieso y me enorgullezco de mi fealdad, aunque nadie lo crea, pues estoy tan acostumbrado á ver hombres célebres por su talento y por su genio feos como yo y buenos mozos tontos de remate, que sostengo y defiendo, sin temor de ser vencido, esta tesis que parecería á primera vista una paradoja si la experiencia no la confirmase; de cien hombres de talento, los noventa y cinco son feos; de cien buenos mozos, los noventa y cinco son tontos.

La razón de este fenómeno puede consistir ó bien en que, como la hermosura no tiene nada que ver con el talento, es más difícil que ambas cualidades se reunan en el mismo individuo, ó que la belleza corporal enton-
tezca al que la posee á fuerza de pensar en ella; pero el resultado es que mi tesis es una verdad por todos reconocida.

Y si esto es así, ¿quién no ha de preferir el talento á la hermosura?

Sólo me queda una duda. ¡Si yo formara parte de ese 5 por 100 de seres que á la fealdad reunen la tontería! Entonces me había divertido. Pero desechemos tal idea. Sería el colmo de la desgracia.

EL ENAMORADO

El amor es, sin disputa, el primero de los placeres, el que nos proporciona más emociones, el que hace vivir en un mundo superior á quien tiene la dicha de sentirlo.

Observad á dos enamorados. Nada existe para ellos más que su amor. En sus ojos, en su sonrisa, en sus palabras se refleja la felicidad que sienten sus almas.

Es la sola pasión humana que transforma el mundo en un edén, que inspira las más ingeniosas acciones, que siente placer en el sacrificio, que todo lo ve de color de rosa, que hace valiente al cobarde y arrojado al valiente, resuelto al tímido, generoso al egoísta, fuerte al débil y dichoso al desgraciado.

Al enamorado se le distingue en seguida por el brillo de su mirada, por su dulce y feliz preocupación, por la vida que rebosa todo su sér y por la mayor generosidad de sus sentimientos y acciones.

¡Cuán envidiable es en la tierra el hombre enamorado, y cuán digno de lástima el que no ha sentido nunca el amor!

Porque esta sublime pasión es como el homenaje entusiasta que el hombre rinde al Supremo Sér, en sus criaturas.

EL INDIFERENTE

Es el amor humano el mayor de los castigos para el inexperto que se deja envolver en sus traidoras redes.

Comienza por sacrificar nuestro sosiego, que es la base de la dicha en la tierra; sigue por un camino lleno de anhelos, de trabajos y temores, y concluye la mayoría de las veces en el desencanto más lastimoso ó en el hastío más profundo. El cariño que se funda en los vínculos de la sangre, único duradero, es tranquilo; ni exige nada, ni absorbe nuestros sentidos, ni nos arrebató á nuestros deberes y ocupaciones; pero no es éste el amor de que hablamos. Lo que el mundo llama amor apasionado, en poesía es el amor de los amores, pero en la práctica es una desgracia para quien lo siente y un motivo de juego para quien lo inspira. Observad, si no, atentamente á un enamorado. En sus ademanes descompuestos, en su constante preocupación, en el desarreglo de sus acciones y en el descuido de sus asuntos, parece un loco, y en su paciencia, en sus nimiedades, en sus palabras, en sus interminables esperas, en la ignorancia de su ridículo, un tonto.

La sola utilidad del enamorado es la risa que inspira su insensatez á los que le contemplan.

EL CELOSO

El marido de una mujer bonita es un sér digno de lástima. Para no aparecer como tirano necesita llevarla á bailes y teatros, y una vez en ellos, los enemigos de su tranquilidad aparecen por docenas.

Nuestra mujer, aunque no sea mala por instinto, tiene que comparar indefectiblemente la elegancia, la apostura y la amabilidad de aquellos Tenorios, que se presentan siempre por el lado más favorable, con el descuido, los defectos y los modales bruscos que un marido necesariamente no puede ocultar ni reprimir en una vida de constante intimidación. A la comparación de la mujer sigue el asedio diabólicamente meditado del aspirante á seductor.

Todos los medios le son lícitos para conseguir su infame deseo, y como su única preocupación consiste en ocultar al marido su intento, el resultado fatal es que todo el mundo conoce á lo que va, mientras que sólo su víctima lo ignora. Unos á otros todos señalan con el dedo al pobre marido, pero se guardan muy bien de indicarle nada. En resumen: la mujer que por naturaleza siente más que calcula, necesita una virtud heroica para no sucumbir, y la sociedad presencia la comedia con la secreta esperanza de aumentar un ridículo más á sus temas de conversación. Contra toda esta trama, el marido, obligado á defender él solo su honra, no tiene más armas que una constante vigilancia y una atención nunca desmentida á la menor palabra, seña ó síntoma sospechoso. No le es posible seguir otra conducta, de la misma manera que contra un ladrón no cabe más salvaguardia que cerrar la puerta y echar la llave.

EL CONFIADO

Celar continuamente á su mujer, es no sólo inútil sino contraproducente. El amor, la virtud y la dignidad de la esposa son las únicas garantías de su fidelidad. El espionaje del marido la ofende, y como por más impedimentos que se la presenten nunca ha de faltarle una ocasión, el marido celoso suele ser el más pronto engañado.

Una mujer que ve á su marido entregado á la confianza de su lealtad ha de ser un monstruo para faltar á sus deberes, y con los monstruos nada vale. Es preciso no perder nunca de vista que la mujer á todo se doblega menos á la tiranía. La misma que gozando de toda su libertad encuentra en la nobleza de su corazón un arma invencible contra las seducciones, si se ve continuamente espiada y prisionera de la desconfianza, busca en la mayoría de los casos una venganza contra su opresor, y se halla al borde del abismo si no cae en él voluntariamente.

Así, cuando veo á un hombre celoso, me parece ver á un ciego que al lado de un precipicio se entrega á otro ciego para que le conduzca. En resumen: para exigir completa responsabilidad á la mujer, es necesario dejarla amplia libertad.

EL PARÁSITO

Gastar lo menos posible en vivir, y vivir como un príncipe, comiendo y bebiendo siempre de lo mejor, paseando en elegantes coches y asistiendo á la ópera y á los estrenos diariamente, parece un problema imposible de resolver, y sin embargo, yo lo he resuelto merced á esta simple fórmula: elegir mis amigos entre los poderosos. Los esfuerzos que este risueño resultado me cuestan son muy pequeños, y pueden resumirse en pocas palabras. Contar á los unos lo que he oído en casa de los otros; un poco de crítica discreta y no muy sangrienta para evitar las indiscreciones; no contradecir nunca, como bien educado; tener siempre á disposición de los que me oyen un gran repertorio de noticias, y cuando no las hay inventarlas al gusto del que me convida; mucho golpe de incensario, que la alabanza agrada siempre á quien la recibe; y en fin, ofrecer á cada momento pequeños servicios y ponderar sobremanera el esfuerzo y trabajo que nos cuestan.

Así el anfitrión se queda tan contento, y yo más que él.

EL ANFITRIÓN

Una de las grandes ventajas del dinero y la posición es el sinnúmero de amigos que nos procura, todos amables, todos simpáticos, pues que yo los elijo, siempre solícitos y prontos á proporcionarme toda clase de noticias, de rumores y de historietas de sociedad.

Cuando, después de una suculenta comida, que yo presido, como dueño de la casa, veo en mi rededor tanta cara complaciente, tanta sonrisa de satisfacción, y oigo en medio de una conversación, siempre ingeniosa y chispeante, cruzarse las alabanzas á mi persona, á mi casa y á mi mesa, y como contraste, la crítica fina á otras personas, á otras casas y á otras mesas, francamente, no puedo librarme de sentir una dulce satisfacción del amor propio.

¡Y qué poco me cuesta tamaño contento!

Un cubierto más en mi mesa, un asiento en mi coche, una silla en mi palco.

Sobre todo: si la riqueza debe considerarse como un bien, ha de ser á condición de que con ella disfruten nuestros amigos y necesitados, al par que nosotros mismos.

EL GIGANTE

Si todos fueran como yo, la fuerza física del hombre, que tanto ayuda siempre á la fuerza moral, sería mucho más grande, y por consiguiente, el resultado muy superior. Esto es indiscutible.

Pero como, aunque más perfecto, soy la excepción, en vez de proclamarme el primero, me llaman fenómeno. Argumento que claramente demuestra sólo envidia. Porque si la palabra fenómeno pudiera acaso corresponderme en el sentido de que salgo de la regla general, jamás puede aplicárseme como expresión despreciativa.

Si yo sobresalgo en fuerza, en altura, en todo aquello que forma la supremacía física, y si hasta mi cráneo es superior en dimensiones al de los demás, como ocurre con el de los grandes hombres, ¿acaso no se deduce de ahí infaliblemente que tengo sobre todos una superioridad indiscutible?

Por eso, cuando oigo que me llaman fenómeno, me digo á mí mismo con justo orgullo: así os vengáis de que no podéis serlo como yo.

EL ENANO

Unas cuantas pulgadas menos de altura: he aquí la enorme diferencia que me hace parecer un fenómeno á los ojos del vulgo. ¡Como si el valor y la inteligencia se midieran por varas! Porque es indudable que en agilidad y en el uso de todo mi cuerpo, puedo llegar á donde otros llegan. Lo que ellos pueden hacer lo hago yo, siquiera sea con mayor esfuerzo. Cualquier instrumento que á los demás sirve me sirve á mí; con un poco menos peso y un poco menos extensión se acomoda á todas mis necesidades y á todos mis caprichos; de manera que, en resumen, si todos fueran como yo, el sér racional seguiría siendo tan rey de la creación como lo es, con una sola diferencia, y esa en mi ventaja: que cuanto más pequeño, mayor muestra doy de lo que puede la inteligencia, que convierte en soberano del mundo al hombre, aun siendo éste inferior en fuerza física á la mayor parte de los animales superiores. Así es que cuando veo á un gigante, no puedo menos de decirme: ¿Para qué te sirve tanto cuerpo, si no consigues más que yo? Y cuando oigo al común de los hombres llamarme fenómeno, no puedo menos de exclamar:

Este sér á quien pretendéis rebajar vale tanto como vosotros.

EL DELGADO

¡Qué vida tan triste la del hombre gordo! siempre sudando y faltándole la respiración al más pequeño esfuerzo.

En cambio, ¡qué agilidad la mía! Nervio, mucho nervio y poca carne: este es el ideal. Ni el frío me aqueja (todo consiste en marchar más de prisa), ni el calor me hace mella.

Sin cansancio alguno ando tres veces más que el hombre gordo, y por consiguiente me cunde mucho más el tiempo, es decir, que en resumen, lo aprovecho mejor.

En lo tocante á vanidad todos los trajes me sientan bien; mi esbeltez me acarrea muchos envidiosos y mucha consideración.

Puedo ser elegante á poca costa, mientras que los gordos ni á poca ni á mucha, y si lo miramos en el concepto estético, ¿acaso Adonis ha sido nunca representado grueso?

Además, ¿qué significa la delgadez del cuerpo? Siempre el predominio del espíritu sobre la materia en el hombre, que así la naturaleza no le avasalla con el grosero peso de la carne.

EL GORDO

Más vale tener que desear. Buen humor, buen estómago y gran apetito me han puesto así. Las causas son agradables y el resultado satisfactorio, y cuenta que no soy yo sólo quien lo afirma.

Todos mis conocidos prorrumpen al verme en exclamaciones de admiración por mi salud y me tachan de sibarita, prueba de que la gordura significa abundancia de vida y la abundancia de vida salud.

Respecto á otros extremos, ¡cuánta ventaja proporciona la gordura! calma el frío del invierno y en el verano ayuda á transpirar abundantemente, lo cual alivia mucho del calor.

Pues no digo nada de la consideración que la gordura de nuestro cuerpo presta al individuo que la posee. En primer lugar, predispone á atribuirnos una gran fortuna. ¿Acaso no es ese el tipo proverbial del banquero? Y como consecuencia inmediata, se ve uno rodeado de respeto, de amables sonrisas y hasta de miradas envidiosas.

EL BARBILAMPIÑO

La barba es sencillamente ridícula. Transforma al individuo que la lleva en una especie de puerco espín. Si no fuera por la costumbre, nos parecería un absurdo, pues no tiene ninguna utilidad. Para abrigo no sirve y la prueba es que las mujeres sin ella viven perfectamente.

En cuanto á su belleza, jamás se ha representado con barba á Apolo, tipo y modelo reconocido de la estética masculina, porque en la cabeza el pelo debe sólo existir en su parte superior, donde falta la morbidez y el sonrosado de la carne, mientras que la barba sólo sirve para ocultar esa parte tan graciosa y bella de la figura humana que se extiende desde la boca al nacimiento del cuello.

La barba indica también, por mucho que se la cuide, una dejadez que muy fácilmente puede degenerar en falta de limpieza. Hace parecer de más edad al que la lleva, no predispone al respeto ni á mayor consideración; no expresa energía, porque sólo es cuestión de capricho, y sin ella la fortaleza y el poder pueden manifestarse con perfecta independencia de ese singular atavío. ¿Acaso no se ha prohibido en el ejército, que es justamente el cuerpo que personifica la fuerza y la virilidad?

EL BARBUDO

La barba es un adorno necesario en el hombre. Le presta virilidad, es signo de energía y fuerza, y á la vez que hermosea y da autoridad á la fisonomía, ahorra un tiempo precioso que gastan en afeitarse aquellos que no se la dejan.

La verdad es que son muy contados los que poseyendo una barba bien poblada la sacrifican, prueba material y práctica de su utilidad y hermosura.

En otro orden de ideas, si la naturaleza no hace nada en balde, la barba debe conservarse preciosamente como se conserva siempre el pelo en la cabeza. Es no sólo un adorno, es también un abrigo, y establece á los ojos de todos esa distinción entre el hombre y la mujer que la sociedad, con muy buen sentido, quiere hacer siempre visible en el traje y en todo el aspecto exterior del individuo.

De lo dicho resulta que, así como una mujer con barba parecería casi un fenómeno, no debiera agradarnos un hombre sin ella. Porque la excusa de muchos, que dicen que no les sale, es capciosa. Algo de barba tendrían si no se afeitasen, y aunque á nadie puede pedirse lo que la naturaleza le ha negado, debe exigírsele que no destruya lo poco ó mucho que le ha concedido.

EL MODESTÍSIMO

Desprecio, ó cuando menos olvido, merece aquel que lleva su mísera soberbia hasta el punto de pregonar á cada momento sus cualidades, talento ó posición, y mucho más si no le pertenecen. Pero el sentido común de la inmensa mayoría de sus semejantes le hace pagar bien caro su necia presunción. Tan pronto como el sambenito de farsante ó vanidoso se le adjudica, es hombre perdido irremisiblemente. Todos sus actos, todas sus palabras pierden su valor. Ya le es imposible lo que á cualquier otro es hacedero: juzgarse, aunque sea imparcialmente. En seguida que habla de sí propio, la sonrisa de la incredulidad asoma á todos los labios, y sus palabras son el asunto después de chanzonetes y burlas á costa suya. El castigo á veces es demasiado cruel, pues trasciende á todos los actos de su vida.

¡Cuánto más digna y provechosa es la modestia! En ésta no puede haber peligro de exageración, pues si la conciencia privada puede engañarse, jamás el sentido común, que juzga las cualidades como cualidades y los defectos como defectos. En este buen criterio general se apoya el juicio definitivo que inmortaliza á los genios y olvida á los pigmeos.

EL FARSANTE

Triste es tener que decirlo, pero es preciso confesar, que en este mundo, aquel que no se hace valer pasa la vida desconocido ó despreciado. Con ese espíritu de crítica malévola que debe de ser innata á la naturaleza humana, pues tan universal es, cada cual al juzgar á los otros, toma empeño en rebajar sus cualidades y en abultar sus defectos. Contra esta común malevolencia no queda otro recurso que la propia vanagloria, y sólo de este modo logra cada cual ser considerado como debe.

De seguir el camino de la modestia, que por otra parte suele ser las más de las veces hipocresía, casi siempre el resultado es por lo menos el olvido, cuando no el menosprecio de sus semejantes. Necesítase tener probado de un modo libre de toda duda el ingenio y el talento, para que la modestia sea apreciada como tal y no como falta de valer reconocida por uno mismo.

Esta es la pura verdad y esta persuasión conduce inevitablemente al hombre seguro de su propio mérito y que no tiene la abnegación del sacrificio, á deslumbrar al vulgo con aparato y oropel, acaso excesivos, pero siempre necesarios en la vida.

EL FUMADOR PERPETUO

No es vicio el fumar, es un pasatiempo que no impide, sino que ayuda las funciones intelectuales y que consuela al triste.

No daña tampoco á la salud, pues el término medio de la vida de los fumadores es exactamente el mismo que el de los que no fuman, y si la lógica se cumple, aquéllos deben vivir más tiempo, porque el humo del cigarro es un ambiente artificial que impide la aspiración de los gérmenes malsanos que nos rodean.

Desde el punto de vista económico, es en el presupuesto del Estado origen de rentas tan considerables, que permiten aliviar las contribuciones directas, las más onerosas para el contribuyente.

El individuo que fuma, á primera vista se sujeta á un gasto más, pero ese gasto le origina economías mucho mayores, como la conservación de la salud, y el ahorro de diversiones más costosas que se sacrifican casi siempre al uso del tabaco; y sobre todo logra el inapreciable don que un buen cigarro posee de esclarecer las ideas, ayudar á la inventiva y aguzar el ingenio.

EL ENEMIGO DEL TABACO

Sucio, incómodo, caro y nocivo es el vicio de fumar. Es sucio, porque en casa del fumador el pavimento, los muebles y hasta los trajes, conservan las huellas de la nicotina, con manchas y olores. Es incómodo para casi todas las señoras y algunos hombres, llegando al punto de que debiera prohibirse este abuso en donde la buena sociedad se reúne. Es caro, porque, aunque poco á poco, el fumador llega á gastarse un caudal en lo que al fin no es más que humo. Y es nocivo, porque á la boca, á la garganta, al pecho y al estómago, no puede serles indiferentes una irritación constante y la presencia de un veneno como lo es la nicotina.

Como pasatiempo, el sentir un gusto amargo en la boca y echar bocanadas de humo, no comprendo qué placer pueden producir. La inteligencia debe también sufrir á la larga gran perturbación con esa permanente causa irritante y con esa viciada atmósfera.

Y si el fumador se redujera á seguir en su afición, menos malo; pero no se contenta sólo con fumar. A cada momento ofrece cigarros, lo cual origina: para él mayor gasto, al indeciso tentación inmediata, y para los que á su alrededor sufrían ya las molestias de su tabaco, aumento de ellas por su inoportuna generosidad.

EL CALLADO

¡Qué poquísimas veces se arrepiente el hombre de haber callado y cuántas de hablar! ¡Cuántas desgracias, cuántos tormentos ha causado una palabra imprudente y ligera, ó por lo menos en qué repetidas ocasiones acaba por decir alguna tontería el hablador!

La lengua es nuestro mayor enemigo; y es preciso atarla corto. Además, leyendo se aprende algo nuevo, mientras que hablando no hace uno más que repetir lo que ya sabe, de modo que para el que habla es inútil y para el que escucha á un hablador muchas veces enojoso y pesado.

Porque es regla general que el más hablador no suele ser el más entendido ni el más sabio, y aunque lo fuera, nunca conseguirá enseñar tan extensa y metódicamente como un libro, ni podrá hacer otra cosa que repetir lo que se puede leer con más provecho y comodidad.

Pero hagamos aquí punto, que si más dijera, podría parecerme á los mismos á quienes censuro.

EL HABLADOR

Comunicar nuestros pensamientos á un amigo, exponerle nuestras doctrinas, nuestras alegrías y tristezas, nuestras esperanzas y nuestros temores, erigirle en juez imparcial de nuestras quejas y sospechas, amores, odios, simpatías y antipatías, en una palabra, desahogar nuestro corazón en el seno de la amistad, es bello, noble, benéfico y útil.

Sostener una conversación amena é instructiva con fácil palabra y adecuada entonación, bien sea en el Círculo, rodeado de altos personajes, banqueros, filósofos, sabios, artistas y políticos, bien en un salón entre mujeres hermosas y aristocráticos oyentes, es el mejor medio de manifestar nuestro superior criterio y de hacernos respetar aun de los más notables.

Si la palabra es una de las primeras manifestaciones de nuestra superioridad sobre todos los animales, es claro como el día, que debemos usar de ella lo más posible, al menor pretexto, por la más pequeña causa.

El silencio ante hombres ilustrados es como temor de descubrir la propia ignorancia; ante personas de ingenio, reconocimiento de pobreza de imaginación; ante jactanciosos y valientes, reparo en desagradarles, y en toda reunión culta, confesión de inferioridad.

EL QUE VIVE DE RECUERDOS

Lo que ha sido, lo que es y lo que será son los tres términos de la vida, ó sean, el pasado, el presente y el futuro.

No hablemos del presente, que en realidad sólo es un momento, pues tan pronto como le nombramos ya es pasado. Lo futuro no existe ni ha existido, y Dios sabe si existirá. Es sólo una idea, una conjetura y no puede tener existencia hasta que llegue, en cuyo caso ya no es futuro.

No queda, por lo tanto, como real, como invariable, como un hecho imposible de alterar, más que el pasado.

Por eso el recuerdo, que á primera vista parece una abstracción sin fundamento, es lo único que tiene por base la realidad. El placer sentido, la emoción sufrida, el anhelo realizado, han sido y no es posible que hayan dejado de ser. Es un hecho ya que es preciso acatar y cuya memoria deja la satisfacción imperecedera de la realidad innegable.

Toda clase de recuerdos son beneficiosos y deben ser acogidos con gratitud. Los agradables, por la satisfacción que nos proporciona la dicha que realmente hemos tenido, y los enojosos, por el placer que tenemos al pensar que ya pasó su realidad.

EL QUE VIVE DE ESPERANZAS

No hay nada más utópico ni más falto de fundamento que pensar en lo pasado, que no es y que nunca será. ¿Qué me importan los goces, las alegrías ni las emociones que ya no siento ni he de sentir? Dejaron de ser, y mí mente las recuerda con la indiferencia de lo que ni tiene vida ni ha de tenerla.

El presente es sólo un rasgo de unión entre lo pasado y lo futuro. Su realidad es un momento y sólo tiene valor para nosotros en cuanto continúa, es decir, en cuanto esperamos que siga. Por eso toda nuestra atención, todas nuestras fuerzas se dirigen á lo que ha de venir, que va á ser lo real, lo efectivo, y que es lo que verdaderamente ha de originar nuestro placer ó nuestro dolor, nuestra felicidad ó nuestra desgracia.

Recordar lo pasado es siempre enojoso é inútil; enojoso, porque si el recuerdo es de algún hecho agradable, sentimos en el acto que no continúe, y si de algo desgraciado, la impresión de ese recuerdo no puede sernos halagüeña; pero en uno ú otro caso es siempre inútil, porque no ha de volver lo que pasó.

Lo futuro es sólo lo que llena nuestra vida, lo que excita nuestra inteligencia y actividad, lo que da origen á las grandes acciones, y lo que nos conmueve y alienta á vivir.

EL TRABAJADOR PERPETUO

El trabajo es la vida. Todo en nuestro cuerpo trabaja aun sin apercibirnos, y no sólo en nuestro cuerpo, sino en la naturaleza entera sin un instante de reposo. Justo es, pues, que siga nuestra voluntad á esa ley eterna de la materia y del espíritu, y que ayudemos con nuestras fuerzas todas, físicas é intelectuales, al perfeccionamiento de lo que nos rodea.

En otros conceptos, el trabajo no sólo nos enaltece sino que nos aprovecha siempre. Raro es el hombre laborioso que ha dejado de vencer á la adversa fortuna. Oid á cualquier miserable quejarse de su destino, investigad con detenimiento á qué debe su desesperación y su miseria, y bien pronto descubriréis que la causa de sus males es la holgazanería. En cambio, el laborioso y trabajador, siempre está alegre, porque lleva consigo el convencimiento de que su vida es provechosa. Además, el esfuerzo que se emplea en el trabajo aleja todo torpe pensamiento, y anima á vivir. Y como cuanto más se practica lo bueno, tanto mejor resulta, mi ideal sería contemplar á la humanidad entera trabajando sin más punto de reposo que el puramente indispensable.

EL HOLGAZÁN

¿Con qué derecho pide la sociedad que yo trabaje?

Si estimo á mi pereza más que á las comodidades y al bienestar, y me contento privándome de lo que forma las delicias de los otros, ¿á quién hago daño?

No ambiciono riqueza ni posición: soy, pues, un modelo de templanza; puedo servir de ejemplo vivo de modestia, y nadie que solicite algo me hallará como obstáculo ni como rival en su camino.

Sigo la divisa del sabio: "contentarse con poco," y enseño á buscar la felicidad con mi modo de proceder. Soy útil, por lo tanto.

Pero á qué cansarme más. Es regla constante que todo el que trabaja se afana por conseguir [riquezas ó posición que le permitan descansar en su día.

Luego la ocupación continua es casi siempre el medio necesario para adquirir la holganza que yo disfruto.

Todos, pues, trabajan para no tener que trabajar. Yo comienzo por donde los demás concluyen: soy, pues, de este modo el que me anticipo al deseo de todos ellos.

EL DESPRENDIDO

El egoísmo es la lepra de la sociedad. No sólo la Providencia nos impone el deber de auxiliar á nuestros semejantes, obligación sagrada que el sér racional debe siempre cumplir, sino que hasta la misma naturaleza exige en nuestras mutuas relaciones apoyo y protección para que no sucumbamos.

Casi siempre, el esfuerzo de uno solo de nada serviría sin la ayuda de los demás. Hasta para las más elementales y diarias necesidades y ocupaciones, es indispensable la unión entre los hombres, tanto más provechosa cuanto más la dirige ese espíritu de fraternidad, que es la base ineludible de toda sociedad humana. El egoísmo tiende á destruir, con su triste inercia y su indiferencia miserable, toda unión, todo generoso impulso entre las criaturas del mismo origen y del mismo supremo interés.

Es, pues, el egoísmo un cáncer destructor de todo progreso y aun de la base misma de nuestra existencia. Como una calamidad, el hombre egoísta existe sólo para dar muestra de la imperfección humana que tales seres tolera.

EL EGOÍSTA

Me culpan de falta de corazón; dicen de mí que las desgracias de mis semejantes no me conmueven, que no hago un favor á nadie y que jamás doy una limosna. No lo niego, pero si hay en esto algún culpable es la experiencia.

Ella me ha enseñado que la ingratitud es casi siempre la recompensa de los beneficios, y que nuestros mayores enemigos suelen ser aquellos á quienes hemos servido.

Esta es una verdad tan sabida, que da origen á una regla segura. La juventud es generosa; la vejez, es decir, la experiencia, egoísta.

Sólo un esfuerzo sobrehumano permite á la caridad ser constante ante la ingratitud.

Si yo no me siento capaz de tal abnegación, si sigo el camino de la inmensa mayoría, que es la de los desengañados, ¿quién podrá culparme? Suprimid la ingratitud, y entonces seré generoso.

De este modo lo comprenden las nuevas generaciones al enarbolar como divisa esta máxima: cada uno para sí.

HERÁCLITO

Soy tan sensible, que no sólo me atormento por las desgracias del mundo, sino hasta por sus miserias y ridiculeces. Dolerse del mal ajeno es la más noble prerrogativa de nuestra alma; en esto no cabe duda, pero yo voy más lejos.

Me parece que además de la miseria ó la desgracia, también es digno de compasión el ridículo, lo que el mundo llama cómico, y que á mí, en vez de hacerme reír, me hace hasta llorar. Porque, ¿qué son en resumen la mayor parte de los sainetes? La manifestación por su lado ridículo y bufo de las desventuras de un pobre hombre.

Notemos bien que en todo acto que excita nuestra risa suele haber una víctima. Ésta no se ríe; al contrario, siente dolor, derrama lágrimas, se queja, y en vez de acudir en su auxilio, ó por lo menos compartir su pena, sólo nos fijamos en detalles que nos parecen risibles, y nos produce una carcajada el mal del prójimo. ¿Es esto caritativo, ni siquiera justo?

A la verdad, en la tierra es preciso no ver para no llorar.

DEMÓCRITO

Reconozco como el primero las imperfecciones y miserias de los hombres; pero, en verdad, me parecen más risibles que dignas de lástima.

¡Que suceden desgracias horribles! ¿quién puede negarlas? Nadie ha de sentir agrado en su contemplación; pero al lado de esas grandes crisis de la existencia, ¡cuánto accidente cómico! ¡cuánto sainete improvisado! ¡qué de ridiculeces y de tonterías se cometen y se suceden casi sin interrupción!

Hay muchos, á quienes por cierto no envidia, que poseen el don de fijarse sólo en el lado trágico de la vida; yo, en cambio, ó más filósofo ó de naturaleza menos tétrica, me detengo ante el espectáculo de lo risible y de lo cómico, y paso lo más ligero que me es posible delante de lo espeluznante y aterrador.

Hasta me precio de que mi carácter ayuda á la moralidad de mis acciones, pues necesariamente he de aparecer más agradable, más complaciente y de mejor índole que los que sólo se fijan en lo triste.

EL IRASCIBLE

Dicen que tengo mal genio, que no se me puede sufrir; lo que no es posible sufrir son las tonterías ó las tunanterías de los que ¡oh sarcasmo! se llaman mis prójimos.

Cuando veo á un tonto cometer estupidez sobre estupidez, siendo yo la víctima inocente de sus faltas, quisiera estar rodeado de pillos, que, al menos, no le hacen á uno pasar la vida rabiando; pero llega el tunante, se hace el bueno, el simpático, y acaba por engañarme.

Se necesita la paciencia de Job para poder vivir. Pero ¿qué digo? si el mismo Job viviera en estos tiempos, ¿podría acaso contenerse?

Porque, al fin, lo que llaman mal genio, no es más que el sentimiento de nuestra justicia y cordura, que protestan de la insensatez ó iniquidad ajenas.

Y lo que apellidan calma ó impasibilidad, no es sino pobreza de carácter, falta de corazón ó sobra de cachaza.

EL IMPASIBLE

No hay cualidad más fácil, provechosa y feliz que la calma.

Comete cualquiera una torpeza en contra mía; vaya por las que yo cometo diariamente en perjuicio de los demás.

Me hace alguno una pillada; pues á repararla en lo posible, y mucho ojo en lo sucesivo; pero, respecto á incomodarse, ni por acaso.

El tunante se marcharía riendo, hecha ya su jugada y quien perdía era yo, víctima dos veces.

Juzgando imparcialmente, lo que en este mundo merece en primer término gran pesadumbre es el perder la vida, y una vez muerto, ya no hay tiempo para incomodarse.

Es verdad que otros muchos sufrimientos morales deben preocuparnos legítimamente, pero nunca antes de llegar á realizarse, porque si el peligro por sí solo lograra asustarnos, la vida sería un continuado suplicio.

Una vez llegado el momento de la lucha, la sangre fría es más necesaria que nunca, pues que sin ella puede convertirse en irreparable un mal que acaso tenga remedio.

De manera que, vuelvo á repetir: no hay nada más conveniente que la calma en todas ocasiones.

EL PRESUMIDO

Ocupar de las veinticuatro horas del día cinco ó seis de ellas solamente en acicalarse como conviene, ¿qué cosa más natural?

Es limpio, es sano y aumenta la consideración que el mundo nos profesa.

Y ¿qué cuesta luego ir con cuidado, no perder nunca de vista dónde pone uno el pie, dónde se reclina, cómo llevamos colocada la ropa, etc., etc.?

En acostumbrándose á la pulcritud, el cuidado de nuestra persona exige poco tiempo, y podemos como los demás atender á todas nuestras ocupaciones, sin merecer nunca el epíteto de abandonados.

Pero ese esmero de sí mismo no sólo es provechoso en todos conceptos: es también cualidad inherente al sér civilizado.

Si el hombre se esfuerza en adornar cuanto le rodea, ya transformando campos de cardos y ortigas en pintorescos jardines, ya en las ciudades erigiendo monumentos, ensanchando vías y plazas y enriqueciendo sus mansiones con artísticos muebles y pinturas; si con solícito afán persigue por todas partes la realización de la belleza, sería un contrasentido que abandonara el esmero de su cuerpo como única excepción de sus cuidados.

EL ABANDONADO

Cuando tengo preocupada la imaginación por algún negocio importantísimo, por algún proyecto grandioso, ó cuando mi cuerpo sufre el cansancio consiguiente á cualquier trabajo anterior, ¿voy á ocuparme en el asunto baladí de colocarme la corbata en el punto exacto que la corresponde, ó de evitar el más ligero pliegue que descomponga la corrección de mi traje? ¿Acaso vivimos para cambiar de ropa tres ó cuatro veces al día y para pasar lo restante del tiempo no cuidando más que de acicalarnos? Si algo tiene que considerar secundario el hombre, me parece que ha de ser este pequeño detalle.

Sin genero de duda, esta coquetería es indicio, la mayor parte de las veces, de frivolidad de carácter, de flaqueza de entendimiento ó de mal fundada vanidad.

Por lo demás, los sabios, los artistas, los filósofos, nunca se han distinguido por su atildamiento en el vestir. Si vivo, pues, en este descuido, voy, me parece, bien acompañado.

EL OCUPADÍSIMO

Todos deben trabajar, no sólo los que lo necesitan, sino también aquellos que por su fortuna y posición pueden vivir sin obligación material de hacerlo. Porque los primeros, sin el trabajo cotidiano, sólo se hacen daño á sí mismos, pero los segundos son un peligro para la sociedad. Aquéllos quedan pronto sumidos en la miseria; pero los otros, abandonados á su cómoda molicie, se entregan fatalmente al vicio, á la disipación y á todas las corrupciones, porque como el pensamiento no descansa, si no le dominamos con el trabajo útil y benéfico, nos conduce al abuso de todos los placeres.

La riqueza y el respeto que ella proporciona hacen muy fácil el predominio de todas las malas pasiones, cuyo germen está siempre á punto de fructificar en el espíritu humano, y el resultado de su triunfo es, sin excepción alguna, convertir en enemigo de los demás á quien las malas pasiones dominan. Apenas hay desocupado que se libre de ellas, y aun el que lograrse vencerlas conseguiría todo lo más ser un *ente* inútil en el mundo, pues el bueno no lo es sólo por no obrar mal, sino por hacer bien.

EL DESOCUPADO

Pensar que el desocupado es un sér inútil á la sociedad, es una idea falsa y por desgracia harto común.

Nadie como el que tiene por única ocupación hacer en todo su voluntad, puede juzgar imparcialmente, combinar teorías sin apresuramiento ni impaciencias; y en esos hermosos días que pasan para el trabajador inadvertidos ante la faena cotidiana, el desocupado, libre de toda obligación, cubiertas sus necesidades presentes y futuras, ágil de cuerpo y sereno el espíritu, halla necesariamente, entre tantas horas de bienestar, alguna idea útil y benéfica que luego entrega para que fructifique al pensamiento del sabio ó del filósofo.

Porque mi falta de ocupación constante no prueba, ni mucho menos, escasez de ideas, ni pereza de espíritu.

Indica solamente que no me dedico, como tantos otros, á un trabajo especial, y que prefiero, ya que puedo hacerlo, reunir á la vez en mi persona la comodidad de mi cuerpo y la actividad de mi inteligencia.

EL MISERABLE

Si los grandes capitales forman las grandes empresas, fundan las mayores y más útiles instituciones, socorren la indigencia y alivian la desgracia, ¿cuál es la base de tantos beneficios? El ahorro y la economía.

Que sólo me ocupo en atesorar, que desdeño las comodidades y que hasta me privo de lo necesario: ¡Vanas objeciones!

Si esto sólo me agrada, ni me perjudico ni hago daño á nadie, pues ese dinero que, gastado cada día, puede hacer escaso bien, cuando yo desaparezca del mundo se hallará convertido en un capital apto para grandes empresas y beneficios sin cuento.

Y sin mis ahorros, ¿podría conseguirse tan espléndido resultado?

Además, ¡de cuántas seducciones y peligros me libra mi afición!

Mientras que los demás buscan en la fortuna el medio de conseguir la realización de todos sus deseos, muchos de ellos perjudiciales, haciendo de la riqueza el escabel del vicio, yo, mejor y más útil para la sociedad que ellos, desdeño los placeres que matan y me aparto de sus torpes halagos y de sus seductores riesgos.

Yo represento entre los hombres á la hormiga: hagan otros, si así lo prefieren, el papel de la cigarra.

EL DESPILFARRADOR

Mientras el dinero permanece en nuestro bolsillo, falta á su misión. Es sólo una medida de cambio, y como tal debe estar continuamente en movimiento, ora satisfaciendo nuestras necesidades ó nuestros caprichos en los momentos de egoísmo, ora remediando desgracias y necesidades ajenas que no sufren espera, cuando la caridad mueve nuestro corazón.

La avaricia es incomprensible. Para guardar y aumentar á cada instante una fortuna, tanto valiera hacer colección de papeles con cifras y valores fantásticos, forjarse la ilusión de que guardamos millones, y como la avaricia procura, antes que todo, no disminuir aquella colección, debiera quedar tan satisfecha, en buena lógica, con falsos billetes como lo está con los verdaderos.

Si la vida fuera eterna en este mundo, acaso tendría explicación el afán de atesorar, por el temor de vernos algún día en la miseria; pero la existencia pasa como un relámpago, y es la riqueza lo que menos debe preocuparnos, porque si algo vale, es sólo como medio para conseguir aquello que deseamos.

EL DISIMULADO

Triste cosa es no poder manifestar nuestro pensamiento más que en la intimidad.

En la inmensa mayoría de los casos, decir lo que uno piensa ó siente con toda franqueza, es acarrearle un enemigo á veces mortal. Es propio de la naturaleza humana sentir agrado, muchas veces involuntario, por cualquier alabanza, aunque sea inmerecida, y descontento por cualquier contradicción. Bien conocen esta regla los cortesanos que hacen tantas bajezas para agradar á su príncipe, y las más veces con excelente resultado para ellos. En toda sociedad distinguida se sigue esta conducta, y por eso las relaciones sociales pecan de exceso de amabilidad y cortesanía á costa de la franqueza y sinceridad siempre desatendidas. La soberbia de los poderosos no se aviene nunca con la veracidad de sus subordinados. De igual á igual, pocas veces se tolera la entera franqueza, si ha de lastimar nuestro orgullo, y ni aun los poderosos pueden permitírsela sin incurrir en la nota de inconsiderados y faltos de educación. Formando, pues, parte de una sociedad así constituida, ¿es posible que un hombre de mediano criterio se sobreponga á esas costumbres sin romper para siempre con aquellos de quienes á cada momento necesitamos? Locura sería, y por eso soy disimulado, porque vivo en el imperio del disimulo.

DON CLARIDADES

El corazón en la mano: he aquí mi divisa. Si todos hicieran como yo, de otra manera andaría el mundo. Dicen que es preciso en muchas ocasiones disimular, hacerse agradable, sobre todo cuando se pide un favor. Yo lo niego. Mostrarse cual uno es en todas las situaciones de la vida, es no sólo noble, sino también útil. La primera vez, el que no nos conozca quedará quizás disgustado de nuestra franqueza, y perderemos aquella ocasión de que nos sirva; pero en cambio, el porvenir es nuestro. La fama de veraces que alcanzaremos nos hará necesarios por lo mismo que somos una excepción y todo aquel que necesite de un hombre leal y recto, bien para un negocio, bien para dirigir una empresa ó para cualquier cargo de confianza, acudirá á nosotros despreciando al hipócrita de quien, á la postre, todos acaban por desconfiar con justicia. Respecto á consideración social, nunca logra el disimulado, con sus artificiosas sonrisas y sus fingidos halagos, lo que el claro y franco con su leal proceder.

En sociedad el indiferente acogerá aquellos engaños como oro de ley, en apariencia, pero en cuanto surja el interés propio, seremos seguramente preferidos, y lo más que en contra nuestra podrá decir el hombre imparcial será esto: es brusco, pero tiene el corazón en la mano.

EL PESIMISTA

No puede dudarse que por su misma naturaleza se inclina el hombre con mucha más facilidad del lado del mal que del bien. De ahí proviene el sinnúmero de trabas que se ve obligado á poner el legislador á la libertad individual. Y aun así, sin contar el número inmenso de personas que en todos los países quebrantan las leyes de la justicia, sólo con observar las faltas y delitos que se cometen cada día, dentro del límite que la ley humana es ineficaz para reprimir, hay que confesar, con verdadero desaliento, que en la vida, más bien que como hermanos, los hombres se consideran como enemigos ó rivales.

No sólo el interés propio, casi siempre antagónico al interés ajeno, sino las pasiones que infunden nuestros actos la mayor parte de las veces, transforman la tierra en una guerra perpetua. La única excusa, si excusa puede llamarse, consiste en observar que esta lucha no es sólo patrimonio del hombre. La naturaleza entera vive sujeta á la misma ley. Toda clase de seres se desarrollan unos á expensas de otros. Verdugos y víctimas: he aquí lo que vemos por todas partes.

EL OPTIMISTA

Pensándolo bien y sin pasión, el mundo es mejor de lo que parece. Muchas personas achacan á la sociedad y á los hombres los sinsabores y desgracias que sufren, como si fuera posible gozar de una felicidad sin interrupción; pero que cada uno imparcialmente registre entre sus recuerdos, y responda con franqueza. En la inmensa mayoría de los casos, ¿es la desgracia y el dolor la regla general de todos los días, ó es la excepción? Es decir, ¿son más los días tranquilos y sin penas, ó los apenados é inquietos? Yo creo que la inmensa mayoría de la gente responderá: son los primeros, y esto es lógico. La buena fe, no sólo existe, sino que es la regla, y lo prueba suficientemente que el comercio del mundo entero en ella se funda.

La idea de la justicia impera siempre y en todos los países, pues en todas partes se castiga el mal, y tocante á las virtudes que tienen por base el amor al prójimo, no se han de negar en esta Europa, donde siempre que una idea generosa aparece, encuentra capitales que la ayuden y desarrollen.

EL VEHEMENTE

Es propio de un alma generosa y de un corazón que sabe sentir, preocuparse de los hechos, dolerse de ellos si ocasionan algún mal ó aplaudirlos si son origen de algo provechoso. No puede concebirse la indiferencia y la frialdad, como habitual estado del hombre, sin acusación justa de falta de sentimiento.

Pero no acaba ahí nuestra obligación: debemos, cuando podamos, y á medida de nuestro poder, corregir lo que lleva mal camino y ayudar lo que empieza bien, porque quizás nuestro esfuerzo consiga un beneficio inapreciable; y eso sin perder un instante, puesto que un momento representa en ocasiones una vida, ó el remedio de una desgracia. Y si tanto beneficio proporciona un movimiento del corazón en favor del prójimo, ¿qué será si redundará en nuestro bien? ¡Oh! entonces la justicia y la utilidad propia exigen que no se difiera ni una hora ni un minuto el esfuerzo de nuestro ánimo.

El cálculo sólo conduce á la vacilación y la vacilación á diferir nuestra ayuda. La frialdad sobreviene fácilmente, y con ella el egoísmo, padre de la inacción, levanta la cabeza. El cálculo transforma el acto heroico en locura; por eso el hombre frío de carácter suele no tener buen corazón.

EL FLEMÁTICO

Cada vez me convenzo más de lo útil que es la tranquilidad de espíritu para resolver todos los asuntos graves, y de las muchas desgracias que ocasiona la vehemencia.

Si la preocupación daña siempre al raciocinio, ¡cuánto más le dañará la del primer momento cuando el sentir se sobrepone al pensar! Así es que muy pocas cosas salen bien de aquellas que se ejecutan por un primer impulso. Sólo después de tranquilizarse el ánimo, es apto para juzgar con imparcialidad el pro y el contra y dirigirse con paso firme y seguro en la dirección más conveniente.

Se dirá que hay que aprovechar en ocasiones un momento que nunca ha de volver. ¡Qué pocas veces ocurre este caso y cuántas lo contrario!

Si fueran á contarse los pesares, remordimientos y lágrimas que cuesta el dejarse guiar por el primer movimiento del corazón, se vería claramente cuán funesta es para nosotros y para nuestros semejantes la vehemencia, que, en último término, no es más que un impulso irreflexivo, y por lo tanto ciego y fácil de equivocarse.

EL HIGIÉNICO

La salud: he aquí lo que preferentemente debe preocuparnos. Con salud, la pobreza, la desgracia misma, puede conllevarse; porque, al fin y al cabo, francamente hablando, no hay dolor moral que equivalga á un rabioso dolor de estómago, ó de cabeza ó del pecho. Los que lo hayan sufrido me comprenderán. El dolor moral se calma y llega á apagarse indefectiblemente, porque la naturaleza humana no lo tolera largo tiempo; pero el dolor físico, que proviene de una lesión orgánica, sigue y sigue hasta convertirse en un tormento de tal modo cruel, que arrastra al suicidio más veces de lo que se piensa. Ahora bien: la medicina es, en las tres cuartas partes de las enfermedades crónicas, incapaz de curarlas. Sólo nos queda, pues, como remedio, evitar la enfermedad. La higiene. La mayor parte de los enfermos crónicos lo son por alguna imprudencia. Un régimen metódico, las mismas horas de comida, y ésta sana, un abrigo en relación siempre al estado de la atmósfera y del individuo, paseos á buenas horas, no muy largos y por sitios saludables, no trasnochar, levantarse temprano, huir de las emociones fuertes y otras precauciones por el estilo, conservan la salud en la mayoría de los casos y hacen la vida larga. Algo hay que contener, es verdad, con este sistema las inclinaciones de nuestro deseo, pero ¡qué gran recompensa en cambio! ¡La salud, es decir, el bienestar!

EL DESARREGLADO

Cuando veo á un hombre que vive sacrificado á la higiene, me admiro y no puedo menos de preguntarme: ¿Es esto vivir? ¿No le valiera más morirse si, á cada instante, por conservar su salud, ha de contrariar sus deseos y aun sus intereses?

No vale tanto la vida que haya de sacrificársela todo lo demás.

Y por cierto que, aun desde su punto de vista, el higiénico se equivoca lastimosamente. Quiere conservar á todo trance la salud, y su mismo exceso de precauciones se la hace perder.

Acostumbrado á una temperatura constante, el menor frío le hace daño, el más pequeño desarreglo en las comidas le produce una indisposición, y como el cuerpo se hace esclavo de la costumbre, todos son enemigos suyos, el frío, el calor, el ayuno, el alimento, la fatiga y el desvelo, mientras que el hombre aguerrido por el hábito del desarreglo, todo lo tolera, y al par que su libertad, conserva una salud que, siendo la única preocupación del higiénico, la pierde mucho más fácilmente.

EL SOBRIO

El alimento sólo debe servir para llenar una necesidad de la naturaleza; esta es su misión y por tanto, convertir la comida como la bebida en asunto principal de la existencia, es cometer una infracción de las leyes naturales. Comer para vivir, no vivir para comer: he aquí lo racional. Las consecuencias de no conformarse con este sabio precepto se alcanzan pronto.

El comilón lleva el castigo de su falta en su mismo vicio. Sobrecargado el estómago todos los días, transmite su perturbación á todos los órganos del cuerpo, y en lo moral las funciones del cerebro se retrasan, sobreviniendo fácilmente esa apatía de la inteligencia, que confina con el idiotismo. Por lo menos, el hombre víctima de la glotonería deja de ser útil á la sociedad, pues hasta con su ejemplo la daña.

Porque es un error pensar que sólo se delinque con hechos directos contra los demás. El ejemplo por un lado, y por otro la absoluta carencia de obras buenas, hacen casi tan perjudicial la vida de un hombre como los delitos positivos. El glotón, inútil para sí y para los demás, es por lo tanto perjudicial para todos.

EL GLOTÓN

Porque me gusta comer y beber ¿me he de considerar culpable? De ninguna manera. Eso indicará tan sólo que tengo buen estómago y que mientras la mayoría de los que me censuran pueden en sus placeres perjudicar á su prójimo de uno ó de otro modo, yo, mejor que ellos, sin hacer mal á nadie, me divierto sencillamente comiendo lo que me gusta.

Me parece que convertir en culpa un modesto é inofensivo goce, es llevar demasiado lejos el afán de censura, y nótese bien que los que hacen consistir su delicia en la comida, suelen ser excelentes ciudadanos, y buenos padres de familia. Pasan buena parte del tiempo comiendo ó entregados á dulce reposo: durante la comida disfrutando tranquilamente, y después incapaces de pensar en ninguna travesura.

Me parece, pues, que á tales seres no se les puede tachar de nada malo.

Si acaso, una indisposición es la consecuencia de sus aficiones, y aun entonces, si la sufren sin molestar á nadie, sólo ellos podrían quejarse, nunca los demás.

EL VACILANTE

Antes de tomar cualquiera determinación, es preciso oír el parecer de los demás y luego pesar el pro y el contra detenidamente, para que la decisión que tomemos sea justa.

No en balde se dice que más ven cuatro ojos que dos.

El interesado nunca puede apreciar las cosas con tanta imparcialidad como los indiferentes. La pasión le ofusca y es muy fácil que se engañe.

No comprendo cómo hay personas que hacen cuanto se les ocurre, sin consultar á nadie, y hasta sin admitir ningún consejo imparcial.

Peor para ellos.

Si yo, después de escuchar á muchos, aun estoy perplejo antes de decidirme, porque de una resolución inconsiderada me pueden sobrevenir muchos males, ¿qué será del que se decida prontamente y por su exclusivo modo de pensar? Acertará una vez, pero errará ciento.

EL TERCO

¿Doblegarme yo, que tengo tan buen criterio como los demás, á la opinión y á la voluntad ajena? Eso nunca. Quédese tal conducta para los niños ó para los que sin serlo proceden como tales.

Más vale que un hombre sostenga su propio modo de entender, aunque no sea resultado de larga meditación, que girar como la veleta á impulso de la opinión de otro.

Porque, en primer lugar, mejor y con más interés conozco yo lo que me conviene que los que me aconsejan, unos maliciosamente y los demás con una indiferencia que muy pocas veces calcula el fondo del asunto.

Además, si me equivoco, no añado á mi sentimiento el de haber seguido otro rumbo que mi voluntad, y si acierto, no echo sobre mí la carga de exponerme á oír toda mi vida, al que me aconsejó, repetir hasta la saciedad, ante todos, el peligro de que me ha librado con su consejo y la falta que yo hubiera cometido de no seguirle.

EL PLEITISTA

Me gusta sostener mi razón, y prefiero, naturalmente, someter mi derecho á la decisión de la justicia, porque si ella no resuelve con equidad, ¿quién podrá hacerlo?

¡ Que me gusta pleitear tanto en los grandes negocios como en los pequeños! Es verdad, pero, al obrar así, nada hago que no sea lógico.

Cuando hay grandes intereses en oposición, un pleito es de necesidad absoluta y nadie duda un momento en plantearlo.

La curia podrá cobrar grandes cantidades, pero siempre queda lo bastante para que el pleito haya sido beneficioso.

Cuando el interés del litigio es de poca monta, yo no sé por qué he de renunciar al placer de que triunfe mi derecho, siendo así que, si la ganancia ha de ser pequeña ó nula, también los dispendios han de ser cortos, pues siempre están en relación con la entidad del litigio. Será un nuevo gasto que me permito, gasto más justo y pequeño que el empleado en galas ó caprichos. Me parece que el aspirar á que nadie consiga engañarnos, bien vale un pleito que, al fin y al cabo, ni nos quita la salud, ni nos impide acudir á los demás asuntos ó diversiones.

EL ENEMIGO DE TODO PLEITO

Cada vez que oigo hablar de pleitos, me pregunto: ¿pero, señor, hay alguien que se atreva á pleitear? Porque si es de gran interés lo que se litiga, con ceder un poco por ambas partes, se arregla el asunto, y si es de poca monta, no vale la pena por una cantidad insignificante, tanta molestia y disgusto.

Y no se diga que hay gentes intratables.

Es verdad que con unos, para evitar un pleito, el sacrificio que hagamos será mayor que con otros; pero de todos modos, con los gastos que se excusan, se compensa siempre con creces el quebranto en una parte de nuestro derecho. ¿Pues y las consecuencias de un arreglo amistoso para nuestra tranquilidad y sosiego? Nos ahorramos tiempo, dinero, disgustos, odios, etc., etc. "Nada de pleitos, „ debe ser el grito unánime del sentido común.

Así, cuando pasa á mi lado un pleitista, al verle preocupado y taciturno por lo que quizás no vale la pena, me figuro encontrar á un sér tan extraño como el que, sano y robusto, se empeñase en adquirir por todos los medios una enfermedad cualquiera por el placer de sentir dolor.

EL CONTENTO CON SU SUERTE

La ambición es una de las mayores plagas de nuestra sociedad. Ella pierde y esteriliza los mejores talentos y los más bellos caracteres. El ambicioso nunca descansa, atropella todas las consideraciones, todos los gritos de la conciencia y todos sus deberes más sagrados para conseguir ocupar los primeros puestos, y si logra alcanzarlos, aun más se afana, no sólo para conservarse en ellos, sino para subir más arriba, porque en la ambición no hay más límite que la muerte del ambicioso.

Por lo mismo que es una de las pasiones más egoístas, el pueblo no saca ningún provecho de ella. El ambicioso, sólo ocupado en su propia subida, envidia primero á los que están arriba y desdeña después á los que quedan abajo. Como su empresa de subir primero y luego de sostenerse en la altura es ardua y trabajosa, á ella sólo se dedica, y ni las necesidades de los demás le conmueven, ni sus súplicas le hacen mella.

Por eso los espíritus rectos, el elevado talento y el noble corazón, huyen de la ambición desapoderada como de cosa malsana, sabiendo que el camino que conduce á las alturas está lleno de espinas y abrojos, en donde se desgarran y destrozan la buena fe, los justos propósitos y la nobleza de los mejores sentimientos.

EL AMBICIOSO

Todo aquel que vale tiene que ser, naturalmente, ambicioso. La ambición no es otra cosa que la conciencia del propio valer, que nos excita á dirigir con nuestro talento é ingenio á esa turbamulta de ignorantes y pobres de espíritu que forman la inmensa mayoría de la sociedad.

Y no es sólo un derecho de la inteligencia esa dominación, es un deber, y el más necesario de los deberes, porque todos estamos obligados á ayudarnos unos á otros, y esa ayuda se traduce en dirigir á los que menos ven, aquellos que han recibido del cielo el don de ver más claro.

Un hombre de vivo entendimiento falta, pues, á su misión en la tierra negando el concurso de su perspicacia á la sociedad en que vive, y naturalmente, tan pronto como realiza ese sagrado deber, la misma sociedad le coloca en los primeros puestos.

En todos los tiempos y países el talento ha dominado, ¡y pobre país y pobre época sería aquella en la que así no sucediese! Porque del dominio de los inhábiles sólo podrían resultar desgraciadas consecuencias.

Así, pues, la ambición es la más generosa de nuestras aspiraciones. Si el ambicioso es digno de gobernar, su noble deseo habrá conseguido el mayor bienestar de sus gobernados. ¡Pero si acaso no resulta á la altura de sus ambiciones, cúlpese, no á su buen deseo, sino á la inferioridad de su talento!

EL FINÍSIMO

La buena crianza hace de una persona el sér más simpático y agradable, y la falta de ella conduce á tales extremos, que no puede vivir en la sociedad culta quien de educación carece, aunque el dinero ó el nombre se lo permitieran.

A cada instante esas mil pequeñeces que, sin embargo, imprimen carácter, demuestran, sin género de duda, la educación del individuo.

Uno puede ser malo y hasta dominado por los vicios y, sin embargo, si es amable, fino y complaciente, será preferido en sociedad á un hombre grosero y virtuoso.

Y en esto la sociedad es lógica. Como su único objeto es procurar en sus reuniones y conversaciones un grato entretenimiento que no ha de trascender más allá del momento mismo, se fija tan sólo en que la forma del lenguaje, los modales, el tono, en una palabra, sean convenientes.

De lo demás no se preocupa entonces, que si fuera á ocuparse del pensamiento íntimo ó de la moralidad de cada uno, no sería posible ninguna reunión numerosa.

EL GROSERO

La finura, elevada á la categoría de sistemática amabilidad con todo el mundo, digámoslo claramente, no es más que la hipocresía usurpando el nombre de buena educación.

¿Cómo es posible que yo, presumiendo de leal y franco, pueda tratar del mismo modo á los que me son antipáticos que á los que me son agradables?

Si la sociedad exige un mismo molde para todos, exige un absurdo.

Yo comprendo, á lo sumo, que el que necesita de otro no le diga en su misma cara alguna verdad enojosa; pero la persona independiente que se ve molestada todos los días con las oficiosidades de un individuo á quien no puede sufrir, debe librarse de su importuna presencia para siempre, manifestándole su desvío de modo que lo entienda. El ofendido dirá que soy un grosero, pero ¿no vale esto más que tener á cada instante necesidad de poderosos esfuerzos para tratar como amigo á quien deseáramos que estuviera toda su vida en los antípodas? No puede exigirse tanto de un corazón noble y sincero. Queden, pues, las sonrisas y saludos automáticos para los hipócritas.

EL NACIONALISTA

La patria: palabra mágica que despierta el recuerdo de tantos heroísmos y de tanta grandeza. Parece á primera vista que una frontera es sólo una línea de convención: pero mirad en ambos lados distinto el ideal, distinto el lenguaje, las costumbres, los trajes, hasta la raza, y no podréis menos de confesar, que la frontera, cuando divide realmente dos pueblos y no dos porciones del mismo país, es un abismo tan grande como el que separa dos continentes.

Porque no hay que dudarlo. No basta la unidad de la especie para considerar á otro hombre como compatriota. Es preciso mucho más: comunidad de intereses, de gobierno, vida en relación continua por el mismo lenguaje, las mismas costumbres y hasta la misma historia.

Por eso el pueblo, en todos los países, reconoce como gloriosa una guerra con otra nación, y como sacrilega la lucha entre hermanos. Porque la idea de patria es innata en el hombre. Como consecuencia lógica, el primer deber del ciudadano es defender á la suya por todos los medios posibles; en la guerra, arriesgando su hacienda y su vida, y en épocas de paz, proclamando bien alto las virtudes y grandezas de su pueblo, y ocultando todos sus defectos y debilidades.

EL COSMOPOLITA

La idea de la familia es primordial en el hombre, pero la idea de la patria, ¿qué significa más que una preocupación que lógicamente debe desaparecer? Siendo la unidad de la especie humana una verdad, ¿qué representa una frontera sino un contrasentido? Y no se me replique que el origen, el lenguaje ó la costumbre, es un abismo que separa unos pueblos de otros. La idea de raza nunca ha servido para dividir las fronteras, sino para establecerse en un mismo país la más potente en detrimento de la inferior. Y si nos referimos á sus subdivisiones, ¿qué es la llamada raza latina, sino la descendencia en España, Francia, ó Italia, de la amalgama de toda clase de ellas? Pues entonces, ¿por qué se llama raza latina? ¿Qué significa en realidad ese nombre? Respecto al lenguaje, ¿por qué ponemos fronteras á las llamadas lenguas, y no á los apellidados dialectos? Por otra parte, ¿se han formado las naciones sobre la unidad de lenguaje, ó la unidad de lenguaje por la idea de nacionalidad? ¡Cuántas veces un conquistador afortunado ha conseguido él ó su descendencia imponer hasta la lengua del pueblo vencedor al pueblo vencido!

Pues ¡y las costumbres! Varían entre naciones, provincias, pueblos y hasta barrios; la idea de nacionalidad entra muy poco ó nada en su diferencia. Así es que juzgando imparcialmente, la natural patria del hombre es la humanidad entera.

EL DE GRAN MEMORIA

Más que el talento sirve la memoria para brillar en el mundo, y aun voy más lejos en mi afirmación. La memoria sustituye al talento en la vida práctica, mientras que el talento sin memoria de poco sirve. La explicación es muy sencilla. La memoria nos asimila, por decirlo así, el talento de nuestros semejantes.

El cerebro del memorioso es un arsenal donde se conservan preciosa y metódicamente los grandes hechos, las invenciones famosas y las obras maestras de la humanidad. En cualquiera ocasión, con exponer sencillamente algo de lo que sabemos, enseñamos más que lo que el talento de una persona sin el auxilio ajeno puede enseñar. Por último, la memoria unida, no á un superior entendimiento, sino solamente á un regular sentido común, obra maravillas, porque combinando, metodizando y poniendo orden á todo lo que sabe, puede en cada caso concreto presentar la mejor solución, pues no necesita para conseguirlo más que hacer suyos los desvelos, las concepciones y los portentosos descubrimientos de tantas generaciones.

En cambio, el talento, por superior que sea, sin el auxilio de la memoria, queda reducido á representar el esfuerzo de un solo hombre. Y ¿qué es sino un pigmeo el mayor genio, comparado con la suma de los esfuerzos de la humanidad entera?

EL DESMEMORIADO

El exceso de memoria entorpece el raciocinio. Se halla el hombre de gran memoria fatalmente condenado á no ver la verdad, pues á cada paso dificultan su camino las utopías, las paradojas y los extravíos que, proviniendo de inteligencias superiores, pero alucinadas, llenan el cerebro del que por desgracia suya posee una gran memoria. En aquel arsenal de verdades mezcladas con errores, de descubrimientos útiles confundidos con utopías, de invenciones maravillosas unidas á orgullosos sofismas, es muy difícil, casi imposible, no poseyendo las alas del genio, separar la cizaña del trigo, la verdad de la mentira. Porque cada argumento de la razón se ve contradicho por otro del ingenio; cada procedimiento lógico, por otro sofístico, llegando á formar tal laberinto de ideas en el cerebro del que todo lo recuerda, que la locura ó por lo menos la apatía de su propia razón es el resultado de lo que á primera vista aparece como un don precioso. En cambio, el talento, menos aun, el regular sentido común, sin ese aparatoso auxiliar, descubre en el campo sereno de la razón propia, con toda imparcialidad, pues que ni extravíos, ni sofismas ajenos le embarrasan, dónde está la verdad y dónde el error. Puesto que la imprenta se encarga de perpetuar los descubrimientos humanos, la mucha memoria para el hombre inteligente no sólo no le es necesaria, sino que muchas veces hasta le perjudica.

EL ACREEDOR

Todo aquel que no sabe cuándo ha de pagar lo que se le presta, comete una mala acción no diciéndolo. Es un verdadero abuso de confianza; porque decir: dentro de tanto tiempo, sin falta alguna, cumpliré mi deuda, sabiendo que es falso lo que dice, para toda alma recta es un proceder que merece un calificativo muy duro.

¡Cómo es posible que cometa tal deslealtad una persona honrada!

Se dirá que á veces la necesidad obliga, y que en muchas ocasiones se promete el pago en época fija de buena fe; pero que luego causas independientes de la voluntad demoran su cumplimiento.

Yo respondo que todo esto son palabras nada más. La necesidad perentoria suele obligar á pedir; sin embargo, si no hay seguridad de poder pagar, es mucho más noble y digno decirlo francamente.

Pero respondiendo con tanta lealtad, objetarán, nadie le prestaría. Al contrario, como el pundonoroso acaba siempre por cumplir, su franqueza le servirá mejor de crédito que el engaño.

EL DEUDOR

¿Dónde está esa caridad tan decantada, si en cuanto cumple el plazo de una deuda, no hace nuestro acreedor otra cosa que perseguirnos hasta convertirse en nuestra sombra? ¿Acaso no conoce que si dejamos de pagar es porque no podemos hacerlo? ¿O es que su alma es tan mezquina que no se conmueve con la miseria, la desgracia y la aflicción de su pobre deudor? Pues, por regla general, el acreedor es rico y la deuda, á cuyo pago nos obliga, legal pero despiadadamente, apenas la necesita para sus caprichos, mientras que el deudor, lleno de hambre ó de compromisos de todas clases, se halla en la absoluta imposibilidad de corresponder á su obligación. ¿Qué mejor ideal podría apetecer el pobre infeliz, que librarse del enemigo de su reposo, devolviéndole con creces lo debido? Y si no puede, ¿es acaso culpable, cuando sin voluntad no hay culpa? No haber pedido prestado, responde brutalmente el acreedor. Esto es muy fácil de decir cuando el bolsillo está repleto; pero la necesidad no da treguas, y entre pedir una limosna ó pedir un préstamo, el hombre digno y que piensa devolver, no puede dudar un instante. Si luego las circunstancias demoran el cumplimiento, ¿quién es más digno de lástima, el que no recibe en el día marcado lo que se le debe, ó el que, acosado por los infortunios, tiene que humillarse y decir: no puedo pagar?

EL MADRUGADOR

La ley de la naturaleza entera es ésta: vivir de día y dormir de noche. Sólo el hombre, sin conocer que en su misma falta ha de hallar su castigo, pretende seguir viviendo cuando todo excita al sueño, y después seguir durmiendo cuando todo convida á vivir.

Primeramente la salud se pierde trasnochando, y en pos de la salud se va la vida. Todos los médicos están contestes en este punto.

Además, lo que se hace de noche lleva el sello de la fatiga y del artificio: ni el calor y luz del sol alegran nuestro trabajo ó nuestro placer, ni la verdadera animación de la vida puede existir en la hora del universal reposo.

La labor, la ocupación, las diversiones mismas, con luz artificial, llevan consigo lo que siempre acompaña á lo forzado y anti-natural, un fondo de tristeza, de cansancio y de fastidio, porque no en balde se quebrantan las leyes de la naturaleza. Así es que en lo físico la enfermedad, y en lo moral la fatiga y el desconcierto de nuestras facultades, son los resultados, pronto visibles, en la vida del trasnochador.

EL TRASNOCHADOR

Hay que ir acabando poco á poco con esas preocupaciones del llamado sentido común, que todavía corren como axiomas en el vulgo. Una de ellas es la creencia de lo bueno que es madrugar, y nada más falso. Es evidente que el labrador necesita de la luz del día para trabajar, pero siempre que otro cualquier trabajo pueda hacerse á la luz artificial, será sin duda más productivo y cómodo. Prueba al canto. Para que la labor cunda y sea menos penosa, hay que aislarla en lo posible de toda distracción externa, que no sólo estorba sino que también marea; y esto únicamente se consigue durante el reposo dé la noche.

Hoy que mediante la luz eléctrica se aumenta la claridad casi al extremo de concluir con las tinieblas, la única objeción seria al trabajo nocturno cae por su base. Pero donde el triunfo de la noche es indiscutible, es cuando se trata de diversiones. Bien lo ha comprendido el mundo, pues que teatros, bailes y conciertos celebran sus funciones casi siempre durante su imperio. Y no se ha engañado. La luz artificial presta á las mujeres un encanto más: establece el contraste tan poético de una sala resplandeciente de luz en medio de las más espesas tinieblas, y muestra el poder del hombre, que trabaja y se divierte sin auxilio del sol.

EL TURISTA

No hay placer comparable al de viajar. Todas nuestras facultades y todos nuestros sentidos toman parte en los goces que los viajes proporcionan. La inteligencia aprecia el presente y el pasado de lo que ve; en la fantasía reviven los hechos de la historia y la sensibilidad admira y siente las obras de arte donde fueron concebidas y ejecutadas.

Además, el turista contempla y registra la grandeza de las montañas, la majestad de los mares, la fuerza de los torrentes, el misterio de las grutas y, en fin, las gigantescas conmociones geológicas y las maravillas de la naturaleza.

Es también vastísima la ilustración que el hombre adquiere viajando. La geografía exacta de los países, su lenguaje, sus costumbres, sus monumentos y obras de arte, sus leyes é instituciones, necesitan ser conocidos y estudiados en el lugar mismo de su creación, no sólo para que la memoria los conserve, sino, sobre todo, para que los apreciemos y admiremos con propio y exacto conocimiento.

Por eso los libros de viajes, que sólo retratan impresiones ajenas, son siempre fuente incompleta y sospechosa de saber. Sobre todo en las Bellas Artes, ¿cómo es posible que una fotografía, un grabado ó una copia, nos sirva de estudio tan perfecto como el mismo original?

EL HOMBRE CASERO

Desde que todas las relaciones de viajes interesantes corren de mano en mano, y por medio de magníficos grabados y pinturas exactas, los monumentos y maravillas del mundo se ponen al alcance de todas las inteligencias y de todas las fortunas, el viajar, no sólo es ya ocioso, sino hasta desagradable é incómodo.

La salud, por las inquietudes y variación continua de régimen, y el estudio, imposible por la diaria movilidad del viajero, una y otro padecen. ¡Cuánto mejor es, para el entretenimiento y la instrucción, leer un buen libro de viajes y hojear un buen álbum de grabados, cómodamente en su casa, que ir de un lado á otro y envejecer más pronto de lo debido con las diarias incomodidades que el viajar proporciona!

Tiene también una inmensa ventaja la lectura. Por ella atravesamos países imposibles de visitar sino á costa de mortales peligros, elegimos á cada momento las regiones más opuestas para recorrerlas y compararlas, lo cual no puede hacerse prácticamente, y en fin, las anécdotas y las reflexiones de los más célebres viajeros, amenizan é ilustran nuestras fingidas peregrinaciones, sin fatiga alguna, mucho más de lo que pudieran conseguir las verdaderas, después de grandes trabajos.

EL RÁPIDO

Buenos son el arreglo y la economía, pero mucho mejor es la actividad, porque ésta logra en pocos instantes lo que aquéllos no alcanzan al fin de largos años de mortificaciones.

Por eso más vale huir del ahorro y desprenderse de algo valioso, que desperdiciar el tiempo.

Un día bien empleado, en el que se conceda á cada asunto tan sólo la atención precisa, y en el que las horas de recreo se reduzcan todo lo posible, da de sí lo que los perezosos no pueden suponer, y cuando el tiempo cunde, los negocios prosperan, la riqueza se aumenta, y el individuo, y el pueblo laborioso, consiguen toda clase de prosperidades.

Así Inglaterra, el país de la actividad por excelencia, goza de gran bienestar, y en cambio, los pueblos dominados por la pereza, son siempre pobres y desgraciados.

En una palabra, huir de la holganza y emplear todo el tiempo posible en el mayor número de asuntos, ésta es la divisa del hombre práctico.

EL TORTUGA

No logra más el que más hace, sino el que lo hace mejor; esto es indiscutible, y su consecuencia inmediata que, para hacer una cosa bien, es indispensable ejecutarla despacio.

Así, cuando veo á un hombre que se afana en convertir una hora en dos, madrugando en demasía y desdenando el reposo, me compadezco de él, pensando que tal vez trabaja en balde, y que toda su febril actividad acaso mañana la ha dé emplear en deshacer los errores que hoy ha cometido; porque es probable que de lo mucho que ha hecho, las dos terceras partes le hayan resultado como de prisa, mal.

Yo en cambio doy al cuerpo, en primer término, descanso y satisfacción para conservar mi vida, que es lo primero, y después el tiempo que resta, mucho ó poco, lo empleo en lo que me conviene.

De este modo, un asunto que al hombre rápido le dura un día, á mí me cuestan dos ó tres; pero al final mi negocio queda terminado mejor que el suyo, y aunque los dos resultasen lo mismo, yo me llevo, como ventaja indiscutible, menos malos ratos y mayor tranquilidad. En resumen, digamos con el proverbio italiano: *qui va piano va lontano.*

EL FILARMÓNICO

La música es sin duda la primera de las bellas artes. Sin necesidad de materializar lo imaginado, expresa más que ninguna, y como ninguna conmueve y extasia. Parece una palabra divina que eleva el alma á las más sublimes contemplaciones, y en su etéreo sonido, el corazón, al par que el entendimiento, se reúnen para atender, sentir y pensar.

Pero no sólo sirve la música para el deleite y educación del espíritu. Es también como la piedra de toque que aquilata el grado de sentimiento y de inteligencia que reúne una persona.

Porque es posible que á un espíritu superior no le entusiasme una poesía bien escrita, un cuadro bien pintado, ó una escultura bien modelada; pero ante la sublimidad realmente extrahumana de una melodía de Mozart ó de Beethoven sólo los seres mezquinos, á fuer de materiales, dejarán de elevarse á esas esferas en que la tierra se confunde con el empíreo.

Y llega á tal punto el poder de la música, que aun á los mismos animales, insensibles á todas las demás bellas artes, asombra y hasta conmueve.

EL MELÓFOBO

Lo digo sin reparo, no me conmueve la música. Hay muchos que juzgarán una extravagancia mi afirmación, pero ¡cómo se equivocan! La mayoría de las personas no son tan francas como yo, aunque en el fondo piensan lo mismo que aseguro.

Y en efecto: allí donde se encuentra la belleza tangible y verdadera, en una excelente poesía, en un cuadro asombroso ó en una estatua correcta, no es permitida la indiferente frialdad, porque nuestros sentidos, nuestro corazón y nuestra inteligencia se hallan acordes en apreciar su valer estético; pero ¿qué es lo que realmente expresa el sonido, hablando con imparcialidad?

Ocultad por breves instantes el argumento de una ópera nueva, y para que escuchen su música, reunid á varias personas. Preguntadlas una á una por separado lo que representa cada escena, y de seguro apenas encontraréis dos que concuerden. Lo cual prueba, sin género de duda, que la comprensión de la música es convencional, y que sin el libreto, la ópera sería una obra enigmática, lo cual no sucede en las demás bellas artes. También creo una preocupación la idea de que sirva de medida para juzgar á un espíritu superior. ¡Cuántos grandes hombres y aun grandes artistas no gustan de la música!

EL FRIOLERO

Es mucho más fácil evitar el calor que el frío. En primer lugar es más barato; pues quitar ropa representa para el bolsillo una economía de mucha consideración. Así es que el mundo viviría con la mayor comodidad y por menos dinero si no hubiese necesidad de abrigarse. Y conste que la mayoría de las gentes son aquéllas que viven del trabajo diario. ¡Qué ganga para ellos si el frío no existiera!

Pero, además, el frío tiene otros inconvenientes. Hace morir muchas más personas que el calor, porque las enfermedades que produce, no sólo son mayores en número, sino más dañinas. Ya universalmente así se entiende, cuando la inmensa mayoría de los hombres se precave mucho más del frío que del calor, y por un convenio tácito, en cualquiera reunión, siempre se atienden antes las necesidades del friolero que las del ardoroso.

El frío ha causado también inmensas catástrofes. Napoleón I, que hizo impunemente la campaña de Egipto, fué vencido por los hielos de Rusia. Y en fin, la naturaleza entera siente como yo, puesto que el invierno representa la muerte y el silencio, y el estío la vida y el placer.

EL ARDOROSO

Es mucho más fácil evitar el frío que el calor. El rico tiene mil medios de precaverse de aquél: abrigos, chimeneas y carruajes, y el pobre el trabajo mismo, que con el continuo movimiento le templó y enardece hasta el punto de que casi todos los trabajadores tienen que despojarse de la ropa en sus labores diarias. ¡Cuánto más incómodo y peligroso es el calor! Si para el rico es molesto y mucho menos fácil de evitar, porque la educación no le permite andar á la manera de los salvajes, para el pobre es verdaderamente insoportable. Necesita trabajar como en invierno, estar en continuo movimiento, y el resultado es un sudor constante, que le debilita y hace menos fructuoso su trabajo.

Pero el calor tiene además otros muchos inconvenientes que desconoce el frío. Trae consigo las epidemias que diezman las poblaciones, acorta el término medio de la existencia, debilita á los pueblos que viven por más tiempo sujetos á su mortal influjo, y hasta las funciones del espíritu se desarreglan y atrofian bajo su dominio. Es cosa sabida que la civilización y el progreso se desarrollan en los países donde, por término medio, el frío dura más que el calor, y perecen en aquellos en que pasa lo contrario. Y, por último, el frío conserva; el calor disuelve y evapORIZA todas las sustancias.

EL CASERO

Nunca he podido comprender por qué razón, solamente los propietarios que poseen fincas urbanas, han de ser objeto todos los días de una prevención y ridículo que en periódicos y comedias les presentan como seres de distinta especie que los demás, bajo el nombre de caseros. Porque al fin, ¿qué es el casero? Un propietario á quien su finca produce menos que ninguna otra. Entre desalquilos, contribuciones, reparos y administración, invierte la mitad de los productos.

Se le acusa de tirano, y si hay una víctima lo es él. En el campo el propietario de una tierra hace la forzosa cuando, como muchas veces sucede, su propiedad es necesaria para el rentero; pero en una ciudad, donde abundan tanto las habitaciones vacías, quien obliga es el inquilino que, sabiendo cuanto cuesta á su casero en composturas y otros gastos un cuarto desalquilado, le impone su voluntad con la amenaza siempre en los labios de dejar la habitación.

Y siendo así que quien destroza los papeles y los pisos es quien los usa, obliga á recomponerlos al dueño, anomalía que no pasa más que en las casas y que aumenta de un modo considerable el perjuicio de esta clase de bienes.

EL INQUILINO

No en balde nos quejamos de nuestros caseros. Su falta de consideración, su profundo egoísmo, el ningún caso que suelen hacer de nuestras justas reclamaciones, es verdaderamente intolerable.

Sin nosotros no podrían vivir, y sin embargo, nos tratan como enemigos. Que el uso destroza papeles ó pisos; pues necesitamos rogarles veinte veces, amenazarles otras veinte con dejar la habitación, para que hagan algo, siempre menos de lo preciso, y como el uso deteriora infaliblemente los objetos, y la casa es para usarse, su compostura debe ser de cuenta del dueño.

Pues, ¿y en tratándose del pago?

Garantías, meses adelantados, nada se omite para aherrojar al inquilino.

Si á todo esto se añade el precio de las habitaciones, que consume buena parte de las modestas fortunas, se verá el justo concepto que el casero merece de la opinión pública.

Por algo la prevención y la sátira acompañan á este nombre, y en periódicos y comedias es tratado como debe serlo su egoísmo.

EL JOVEN TÍMIDO

La mala educación está más extendida de lo que se cree. Ella es el origen de tanta audacia como en el mundo existe. Muchos piensan que es de buena sociedad la desvergüenza y el atrevimiento, como si la educación no tuviera en todos los tiempos y en todas las clases la misma regla de conducta.

No es sólo repulsivo el viejo que, sin respeto á sus canas, se porta como un estudiante, sino que hasta el mismo joven no debe perder jamás de vista lo que exige la buena crianza y el respeto de los demás.

Sobre todo, con el bello sexo juzgo una grosería im-
perdonable, por lo mismo que es más fácil, esa soltura en el hablar y esa travesura en la acción que tan sin escrúpulo suelen usar ciertas personas. Valiéndose de la debilidad y timidez de la mujer, se permite el atrevido con ella libertades y licencias que, si supiera habían de ser castigadas, jamás se las permitiera; y esto es una insigne cobardía.

Para concluir, si el viejo verde es un sér repulsivo para todo el que en algo aprecie las leyes de la moral, el libertino viejo ó joven es indigno, no sólo de ser considerado como caballero, sino como bien educado.

EL VIEJO VERDE

La fe de bautismo es el más engañoso certificado que puede darse. La verdad es que nadie tiene la edad que ese documento manifiesta, sino la que representa el mismo individuo. ¡Cuántos á los treinta años son más viejos en cuerpo y en alma que uno de sesenta! Por esto es absurdo pretender que á una edad uniforme para todos, se apaguen como por encanto todas las ilusiones y deseos de aventuras y placeres.

Excepto el hombre, todos los animales miden su fuerza y no su edad para reducirse al descanso; sólo la sociedad humana encuentra ridículo que un hombre de sesenta años, joven de alma y fuerte de cuerpo, busque en las diversiones que á la juventud encantan, su propio placer.

Si es, pues, notoriamente injusta tal preocupación, ¿cómo es que tan universalmente existe? Su única causa, no hay que hacerse ilusiones, es la malevolencia.

Los jóvenes, al ver el pelo cano, suponen que siempre representa debilidad y cansancio, y los viejos realmente viejos, despechados por sus achaques y miserias, se vengan desacreditando á los que, siendo contemporáneos suyos en la fe de bautismo, conservan aún en realidad la lozanía y vigor de la juventud.

EL DUELISTA

No son los duelos un ultraje á la razón, como muchos creen. La prueba histórica está en que todos los pueblos y todas las épocas se han servido de ellos para dirimir contiendas, á donde no puede llegar la acción de la justicia. Por más precauciones que tome el legislador, es imposible que todas las ofensas, y acaso las más graves, se sujeten á la jurisdicción de un tribunal. Y sobre todo, el escándalo que produjera un pleito de naturaleza tan delicada como la defensa de la honra, por ejemplo, vendría á redundar en perjuicio más de la víctima que del ofensor. En cambio, repetidas veces, bajo un pretexto fútil, un desafío encubre causas muy graves, y de este modo no se divulgan secretos que siempre deben saberse por muy pocas personas, so pena de consecuencias irreparables. Pero se dirá: ¿en un duelo vence acaso el mejor ó el más hábil? En estricta moral, serían posibles otros medios más perfectos para dirimir ofensas íntimas de la honra; pero el caso es que hasta hoy el hombre no ha encontrado aún estos recursos. Los tribunales de honor en ninguna parte han prevalecido, y mientras las pasiones no se sometan al molde de la razón, el duelo subsistirá. A veces, es cierto, la muerte castiga al inocente; pero su memoria queda limpia del ultraje inferido, y sólo el partidario de la vida á todo trance, y antepuesta á toda dignidad, puede hoy día sustraerse á la ley del desafío.

EL QUE NO SE BATE NUNCA

Es preciso que alguien comience á sustraerse á esa inicua preocupación del desafío, negándose á batirse y proclamando muy alto que no es el temor quien le guía, sino los fueros de la razón, escarnecidos y vilipendiados por tan absurda costumbre. Injusto, inmoral, desproporcionado, ilegítimo, un desafío acaba siempre por una ilógica sangrienta, pues aunque venza el ofendido, vence por su habilidad ó suerte: nunca por su razón. El mundo los ha tolerado, como tolera la guerra y todo abuso de poder, porque estamos en pleno reinado de la fuerza; pero ya que el individuo frente á los abusos prepotentes tenga que doblegarse, inicie, al menos, una reforma moral y humana en aquello que esté en la medida de su poder, y nada mejor para comenarla que negándose de todo punto y en toda ocasión á batirse en desafío.

Así demostrará ser más valiente y cuerdo que los duelistas. Lo primero, porque mayor grado de valor es preciso para afrontar las preocupaciones de una sociedad ciega, que para arrostrar los problemáticos peligros de un duelo; y lo segundo, porque esas ofensas, que según el vulgo, sólo se lavan con sangre, si necesitan verter alguna, en justicia debe ser la sangre del ofensor, nunca la del ofendido.

EL QUE NUNCA PIDE

Sólo la más extremada miseria necesita descender hasta solicitar un auxilio que pocas veces se concede sin desdoro de la natural dignidad del pobre. El hombre pundonoroso, y que tiene convicción de su propio valer, siempre halla ocasión de evitar lo que considera una bajeza. Si no es de perentoria urgencia su necesidad, ¿cuánto más vale privarse de lo que le hace falta, que arrastrar su propio decoro por el suelo pidiendo, á quien quizás vale menos que él, un servicio ó una limosna, que ha de costarle una gratitud mil veces más valiosa que la misma concesión? Porque la verdad es que en el mundo, los beneficios adquieren tal valor á los ojos de quien los hace, que juzga ingrato al que no los aprecia como él, y si el más ligero favor no se admite como preciada honra, en seguida la sociedad grita indignada que ya no consigue la caridad otra cosa que hacer ingratos.

De este modo se ha llegado al extremo de que el pundonoroso se retrae hasta de solicitar lo justo ó necesario, y solamente el que sacrifique todo amor propio y toda propia consideración, continuará pidiendo. Poco á poco, y conforme á esta doctrina, la palabra pedigueño ha merecido adquirir reputación de menosprecio, hasta el punto de que, huyendo de tal calificativo, prefieren muchos sufrir toda clase de privaciones antes que tender la mano al poderoso.

EL PEDIGÜEÑO

No hay hombre sin hombre. Si un amigo, ó simple conocido, ó personaje influyente, aunque no le conocamos, no nos sirve en nuestros apuros ó necesidades, ¿para qué llenan los tratados de moral sus páginas y los periódicos sus columnas de tan sonoras frases, como son fraternidad, humanidad, socorro y amparo al desvalido? ¿Acaso no es una obligación que las leyes morales imponen al poderoso el socorro del necesitado?

Pero la verdad es que esas leyes de reciproca defensa no se cumplirían casi nunca si los débiles no mostrasen una y otra vez á los elegidos de la suerte sus propias necesidades para que las atiendan.

Y es natural que esto suceda, porque los dichosos no suelen buscar á la miseria en sus albergues, para no convertir en pena su bienestar ante la vista del infortunio ó de la desgracia, y si lo hacen, es por excepción. Así, es preciso que el miserable ó desvalido les importune continuamente para que la caridad y el socorro produzcan sus beneficios. Así, el pedigüeño es la lógica manifestación de la necesidad, recordando á la opulencia sus deberes fraternales, y así, en fin, se cumplen las leyes de la justicia, porque si el pobre se redujera á esperar sin pedir, las más de las veces el poderoso no se acordaría de que existe quien necesita.

EL BEBEDOR DE AGUA

Los vinos, y sobre todo los licores, son enemigos del hombre. Tomados en gran cantidad, forman al asesino y al loco, y en pequeñas dosis son siempre un aliciente á la costumbre de beber, como si dijéramos el primer escalón del vicio. Porque se comienza por una copa, y luego los amigos, la conversación, el olvido por un momento de la realidad, y otras mil causas, llevan como por la mano del uso al abuso.

Así se ve, que muy raros son los que se detienen en la pendiente. Sobre todo en el pueblo, la inmensa mayoría de los que poco á poco se van aficionando á la bebida, acaban en borrachos, y un borracho es un sér inconsciente que con la mayor facilidad comete un crimen. Y si el beber vino fuera una necesidad, habría que tolerarla, pero no lo es.

Muchos trabajadores de los campos y ciudades no beben más que agua, y no por eso trabajan menos ni se hallan menos robustos.

No es tampoco necesario para sostener las fuerzas del que apenas se alimenta, como algunos dicen, porque con igual gasto se puede muy bien adquirir sustento más nutritivo, y sobre todo, menos peligroso.

EL BORRACHO

Cuando se tiene delante y á poco precio el medio de olvidar el desgraciado sus penas y de aumentar el dichoso su contento, ¿qué cosa más natural que usar de esa panacea de todos nuestros males? A nadie hacemos daño y nosotros pasamos un rato en un mundo fantástico, lleno de encantadores ensueños y de imágenes deslumbradoras. ¿Dónde está, pues, ese vicio pintado por los moralistas con tan negros colores? Las consecuencias de la borrachera son siempre funestas para el borracho y para los demás, dicen; y acto continuo traen á la memoria crímenes y delitos por un lado y *delirium tremens* y locura por otro, ocasionado todo por la embriaguez. Y yo respondo, en nombre del sentido común: Contad los crímenes, etc., etc., que la borrachera ocasiona, contad después el número de filoxeras diarias por término medio y los placeres que producen á aquellos desheredados del mundo que sólo dejan de suicidarse con la esperanza de un trago, único bálsamo de su desastrada existencia, y obtendréis de fijo esta relación como minimum de ventajas; 100.000 borracheras por un crimen, ó sean 100.000 bálsamos de consuelo por un delito. La proporción, como se ve, es tan favorable á la bebida, que no hay en el mundo pasión alguna que tenga más haber y menos data en su favor. Y no se me objete que la proporción es falsa. El número de tabernas y su concurrencia, comparada con los crímenes y locuras que produce, es la mejor prueba de lo que afirmo.

EL OBSERVADOR

¡Qué cualidad tan inapreciable para vivir posee aquel que, acostumbrándose á que nada de lo que le rodea pase desapercibido ante su vista, puede por consiguiente á cada momento prevenirse contra un mal ó aprovechar la ocasión de alguna ventaja!

El que se acostumbra á observarlo todo llega á tal grado de habilidad, que una sola ojeada le basta para darse cuenta de lo que sucede.

Ningún detalle, por insignificante que sea, se oculta á su vista perpicaz, y éste don, que él mismo se ha formado con la costumbre, le hace sin duda alguna superior al resto de los hombres.

¡Cuántas veces nos ha enseñado la experiencia que una causa, al parecer insignificante, ha producido los más grandes y portentosos resultados! ¡y qué ventajas obtendrá quien descubriendo con su habitual observación, por pequeños detalles é incidentes, que un acontecimiento ha de llegar á ser importante y se aproveche de él, mientras los demás no le aperciben sino cuando le ven en todo su desarrollo, y ya es tarde para su mejor explotación!

EL DISTRAÍDO

El que pasa su vida observando acaba casi siempre por hacerse esclavo del detalle y perder el ejercicio de una de las grandes facultades del hombre: la generalización.

Como la costumbre es una segunda naturaleza, llega á no ver más que lo pequeño, porque lo pequeño es lo que en la mayoría de los casos nos rodea, y por no perder de vista tanta nimiedad, descuida lo importante, concluyendo por hacerse incapaz de grandes ideas y grandes resoluciones.

Es preciso que el pensador, y el que pretenda sobresalir del vulgo, desdeñe la nimia atención á lo que poco vale y se eleve á regiones más altas, donde no llega el dominio de la frivolidad.

Por regla general, aquel á quien no se le oculta el dibujo y adornos de un vestido, ni la decoración de una sala, suele ser casi siempre el hombre más frívolo y sin méritos de la sociedad, en tanto que el que más vale, el sabio filósofo, gran artista ó profundo político, pasa sin mirar, por desdén, tantas pequeñeces, y el vulgo, despedido, se venga llamándole distraído.

EL CASAMENTERO

Uno de los más grandes beneficios que pueden hacerse es unir dos voluntades, encender el amor en dos corazones, y como consecuencia, hacer la felicidad de dos seres por el santo lazo del matrimonio. Porque en verdad, este sagrado vínculo dulcifica las costumbres, aparta del vicio y de los placeres que matan, despierta los buenos sentimientos, rechaza al feroz egoísmo, y sobre todo es una necesidad para la patria y para el mundo, de manera que el solterón falta á sus deberes, y día ha de llegar en que sea castigado el que no se case.

Á veces no es repugnancia al matrimonio, ni amor á la licencia lo que nos aparta de contraerlo. Es, ó la ocupación constante ó la excesiva timidez, ó por no encontrar el ideal soñado. Entonces, si se presentase una tercera persona que, sin intención mezquina ni interesada, sino movida sólo por el buen deseo, salvase los obstáculos y venciese nuestra timidez ó nuestra apatía, ¡cuán útil sería su intervención! Y no se crea que esas uniones suelen dar mal resultado, porque el estudio y la experiencia del casamentero sabe hermanar los caracteres, intereses y sentimientos que deben unirse.

EL ENEMIGO DEL MATRIMONIO

Si supieran los hombres lo que pierden casándose, pocos se casarían. Libertad, tranquilidad, intereses, todo lo aventuran. La pasión, que es su excusa obligada, pronto se apaga con el matrimonio, y el cariño tranquilo y de corazón, que dicen le sustituye, debe de ser de tal manera poco agradable, que con sólo observar el aspecto paciente y melancólico de uno casado de larga fecha, se comprende su situación. ¡Cuántas veces, el que es sincero, al responder á quien le pregunta cómo le va, añade con aire resignado: muy bien, pero ¡no se case usted!

Y no se diga que el matrimonio es una necesidad social, porque nunca, en ningún código ni tratado, se exige del individuo tal esfuerzo. Ni tampoco que vale más para nuestra dicha, que una soltería prolongada y turbulenta, porque el hombre juicioso, casado ó soltero, siempre tendrá juicio, y el inclinado al vicio, de una ó de otra manera, en él caerá.

Pero no tengo que esforzar mis argumentos. Todo el mundo está conforme en que el matrimonio es una lotería con muy pocos premios, y, en estas condiciones, mejor es no jugar. De lo que se deduce, como natural consecuencia, que si nuestro propio interés nos aconseja el celibato, nuestra caridad nos lleva á no proteger nunca el casamiento de los demás.

EL OPOSICIONISTA PERPETUO

No es vano alarde de oposición el que me retrae de apoyar á ningún Gobierno; es que realmente todos son malos ó, mejor dicho, peores. Porque, en verdad, de todos los Ministerios que han venido sucediéndose, ninguno ha cumplido con las esperanzas que en la oposición habían hecho nacer.

Prometer mucho y cumplir poco, es su eterna divisa. Con sobrada frecuencia una medida aceptable de un Ministro, es eclipsada por un desacierto de su compañero. Las leyes suceden á las leyes, sin que lleguen jamás á conseguir el triunfo permanente de la justicia.

Por eso, tan pronto como una situación ha durado algo más que otra, todo se vuelven quejas y descontento de la opinión pública. Sólo hay un remedio para este mal: mucho cambio; que así se prueba á los hombres.

Si un Ministro es malo, sucédanle otro y otro, hasta que se encuentre el que nos ha de salvar. Puesto que todos en la oposición prometen maravillas, al poder con ellos, y tan pronto como se vea que nos han engañado, abajo, y vengan sus rivales. Solamente así caerán las máscaras, y cuando llegue el turno de los buenos, entonces que sigan siempre mandando.

EL PANCISTA

Lo que pierde á un país es la constante movilidad de los Ministerios. Más vale un mediano Ministro permanente, que veinte superiores poco estables. Y la razón es obvia. A cada mudanza de Gobierno hay renovación de todo el personal, lo cual ocupa mucho tiempo, perdido para la mejora de las leyes. Éstas cambian también, no por ser injustas ó insuficientes, sino porque todo lo que proviene de un Ministro rival ó enemigo, es costumbre que se transforme y de sus resultas quien padece á la postre es la nación, á quien todos aseguran favorecer. ¡El remedio sería tan fácil! Que la mayoría, pensando como yo pienso, tan pronto como un Gobierno apareciese, le apoyara con toda lealtad. Ese Ministerio duraría largo tiempo, quedando todo tranquilo por muchos años.

Nada de oposición; porque, según dice el proverbio, más vale malo conocido, que bueno por conocer. A esto dirán los idealistas: ¿y mi ideal? Y yo respondo: paciencia. Poco á poco los Ministros inamovibles irán enmendando la faltas que hay que corregir, mejor que el que llega de nuevo. Pero exclamarán los pretendientes: ¿cómo en una situación puede haber destinos para todo el mundo? Y también les respondo, que dejen los destinos á quienes los tienen y se dediquen á otra cosa; pues no todos nacen para empleados.

EL HUMANITARIO

Mientras la guerra subsista, la civilización y el progreso no serán una verdad en la tierra. Porque el derecho de la fuerza es contrario á la justicia, y sin justicia no puede haber civilización. El odio que engendra la guerra entre dos pueblos necesita muchos siglos para borrarse, y el odio sólo puede traer atraso y miserias. Para el presente, la guerra sólo produce la muerte, la desolación y el aniquilamiento de las fuerzas vivas, que engrandecen y hacen prosperar á las naciones. El trabajo se suspende, los campos quedan asolados y desiertos, las ciudades destruídas ó arruinadas: todo presenta la imagen del caos. ¿Cómo, pues, encontrar nada que simbolice prosperidad ni progreso alguno para los pueblos en la guerra, que, á más de bárbara y odiosa, pues se lleva á cabo entre hermanos, es contraria á la naturaleza, siempre opuesta á la destrucción de una especie por la especie misma? Para el porvenir, la conquista sólo consigue dejar perenne la funesta división de dos naciones, que jamás podrán fundirse, pues media entre ellos un mar de sangre. ¡Cuánto más segura y verdadera unión produce, ha producido y producirá el trato pacífico de dos países ó de dos razas por el misionero, el comerciante y el sabio! Éstos, en vez de odio, producen caridad y beneficios; en vez de destruir, edifican y enseñan, y en vez de llenar de sangre y luto campos y corazones, reunen pueblos, razas é individuos, porque sólo les guía el deseo del bien.

EL GUERRERO

El medio más práctico y seguro de civilizar á los pueblos y de unirlos con los vínculos de la más sólida fraternidad, es la dominación por las armas. Las conquistas de resultados permanentes, que cambian el estado de un país, consiguen la unión de dos civilizaciones, y el comercio y la relación entre dos pueblos; y siempre, la historia lo demuestra, la raza y la civilización superior acaban por implantar su poder sobre la de menos valía. La regeneración pacífica obra mucho más lentamente, y jamás consigue el éxito que logra la guerra, porque para sacudir el letargo y el atraso de un pueblo, es preciso una conmoción tan fuerte, que imponga sin réplica ni discusión la ley del progreso, y esto sólo el conquistador victorioso lo puede conseguir.

A veces el pueblo vencido sobrepone sus ideales á los del vencedor: testigo Grecia con Roma; pero siempre de la guerra nace el mejoramiento de las naciones. Cuesta mucha sangre, es verdad; pero ¿qué significa la vida del individuo comparada con el progreso y adelanto de las sociedades? Y aun si la guerra inmolase seres que sin ella hubieran de ser eternos, resultaría sobrado cruel el sacrificio; pero no es así: cincuenta años más tarde, con guerra, ó sin ella, la generación casi entera habrá desaparecido. Bien merece, pues, que la muerte se anticipe para algunos, si este sacrificio procura y logra el bienestar de millones de hombres y consolida la paz y la grandeza de un país por cientos de años.

EL ÚLTIMO FIGURÍN

Es natural que así como varían los gustos y costumbres de cada época y de cada país, asimismo varíe la exigencia de la moda según los tiempos y circunstancias.

Porque en el traje se ha de reflejar, tanto por lo menos como en otro cualquier objeto de nuestro uso, el estado presente de las aficiones y preferencias de la sociedad.

Una época democrática, por ejemplo, no se acomoda con la casaca, peluca y espadín de los últimos tiempos absolutos.

La moda, pues, se transforma; pero como no lo hace de una vez, radicalmente, sino paso á paso, necesita durar poco para que en el siguiente siglo la transformación llegue á ser completa.

Desde el punto de vista económico y comercial, la variación de la moda hace vivir á infinidad de gente, y en el concepto estético, se amolda en todas partes á la idea presente del ideal de la belleza. Por eso con influjo irresistible obliga universalmente, so pena del ridículo.

Y es tan grande el poder de su dominación, que sin réplica ni disputa, todos los pueblos y todos los individuos siguen dócilmente sus leyes y sus caprichos; siendo digno de estudio que aun los más refractarios á sus exigencias acaban por rendirse, y que ha llegado á ser prueba de civilización avanzada el mayor apresuramiento en obedecer sus órdenes.

EL REFRACTARIO Á LA MODA

No encuentro nada más ridículo que ir variando la forma de nuestro traje, según el antojo de sastres y modistas; porque al fin y al cabo, sólo su capricho es el que nos impone tan inútil y dispendiosa variación. Y nótese bien que lo que se llama exigencia de la moda no obedece á ningún principio de estética ni de utilidad.

Todas las que hoy nos parecen ridiculeces han sido muy del gusto de su tiempo; por lo tanto, lo ridículo ó lo bello puede ser adoptado indistintamente. La salud se acomoda bastante mal, á su vez, con el descote ó el corsé en las mujeres y el frac en los hombres; luego ninguna cuestión de utilidad ó de higiene preside á su adopción. No puede explicarse, pues, su dominio de otra manera que por el interés de los comerciantes. Ellos, en verdad, no son los más culpables, porque de la moda viven. Lo son aquellos que, dóciles á su influjo, siguen sin protestar sus consejos ó sus exigencias.

Y lo anómalo y extraordinario es que la mayoría de los mortales se creerían desconceptuados, ó ridículos, si no obedeciesen ciegamente los caprichos de tan voluble deidad; cuando lo lógico sería que cada cual se vistiese con arreglo á su gusto y comodidad, y siguiera toda su vida un método en el traje, como lo tiene en todo lo demás el que se precia de hombre serio.

EL MAÑOSO

Vale mucho más para la práctica de la vida bastarse á sí propio en las cotidianas ocupaciones, que poseer un espíritu superior y necesitar á cada instante mandar hacer á otros lo que podemos ejecutar nosotros mismos. Por eso aquel que posee esa innata habilidad que consiste en saber apropiarse fácilmente los procedimientos que emplean los hijos del trabajo en sus artes y oficios, puede decir que goza de un don inestimable. Porque al ahorro que se consigue no necesitando que otros hagan lo que deseamos ó se nos ocurre, haciéndolo nosotros mismos, se une la natural satisfacción del amor propio, y sobre todo que la obra resulte completamente á nuestro gusto y capricho: lo cual sólo sucede cuando el que la hace es aquel á quien directamente aprovecha. Y como estas diarias faenas, aunque se las tache de pequeñeces, son las que ocupan las tres cuartas partes de nuestra existencia, el resultado es que á pesar de su insignificancia, de ellas depende, más que de los asuntos tan trascendentales como poco comunes, la distracción y complacencia de nuestra vida. Así es que mientras los talentos llamados superiores tienen que entregarse á mercenarios indiferentes, el habilidoso, bastándose á sí mismo, encuentra su satisfacción diaria en esos mil detalles que cualquier obra manual necesita, y que, á más de utilidad, le proporcionan grato entretenimiento.

EL TORPE DE MANOS

Me tiene sin cuidado mi torpeza, y aun puedo sostener que la bendigo, pues á ella debo un bienestar que no conoce el que se precia de mañoso. Porque el remedio lo encuentro sencillamente en rodearme de personas diestras que me sustituyan con ventaja y en provecho mío. Y no sólo gano en comodidad, sino que principalmente por causa de mi misma torpeza, todo lo que necesito me sale mucho mejor que si siendo hábil yo lo hiciera. Y la razón es obvia. El mañoso, pretendiendo saber de todo, como á nada especial se dedica, no logra pasar de ser, á lo más, una medianía. Así resulta que desdennando la participación de aquellos verdaderamente maestros en una especialidad, hace por sí mismo lo que necesariamente le ha de resultar peor que si un experto se lo hiciera, y por consecuencia, todo en su casa y alrededor suyo lleva el sello de lo defectuoso y mal hecho. En cambio, mi poca maña me obliga á mandar hacer á cada uno aquello en lo que sobresale. Y de esta manera, mis comodidades y caprichos resultan mucho mejor servidos. Ni aun desde el punto de vista económico debo quejarme, porque las cosas bien hechas, aunque más se paguen, salen más baratas que las imperfectas, que suelen ser también menos duraderas. Así, además, dispongo del tiempo, que el habilidoso malgasta en pequeñeces, para dedicarme á asuntos de mayor importancia y trascendencia.

CARA DE PASCUA

Para conquistarse amigos sin derroche de palabras, ni nada que valga más, lo seguro es acoger, á cualquiera que se presente, con un aire jovial, afectuoso y con manifestaciones de interés que, aunque muy prodigadas, siempre causan efecto.

Esta amabilidad del semblante es una preparación indispensable para todo asunto y en toda circunstancia.

En las diversiones es de rigor, porque aquel que delante de una mesa bien servida ó en una tertulia ó baile, conservara una cara adusta, no sólo pasaría por grosero, sino que introduciría en la reunión un elemento de frialdad impropio de un hombre bien educado.

En los negocios, lo primero es captarse la simpatía y confianza de aquel con quien tratamos, y después, al discutirse los detalles, el interés ajeno y los obstáculos se contrarrestan más fácilmente con una sonrisa amable y bondadosa, como indicio de nuestra buena fe.

En las ocasiones en que la perpetua afabilidad atrajera á los gangueros y pedigüenos, un *no* rotundo, sin dejar de sonreír, es mucho mejor que la destemplanza y acritud en la fisonomía, acompañando al *no*, entonces indispensable.

Siempre es utilísima la jovialidad en el semblante. En los ricos para que sus inferiores les sirvan con mejor voluntad y agrado, y en los pobres para ganarse la benevolencia de los poderosos: en los que disfrutan de alta posición para dar á entender que no les ciega el orgullo, y en los humildes como expresión de que se hallan contentos con su suerte.

CARA FOSCA

A pesar de mi cara, ¿qué digo á pesar? por causa de ella me divierto como los demás, mejor quizás que ninguno.

Mientras que alrededor mío veo tomarse libertades sin cuento, y pedir favores y dinero al que muestra en su fisonomía una sonrisa bondadosa ó alegre, gozando yo como los otros, presento en todas ocasiones un gesto que aleja á los importunos, y un semblante adusto y severo, que impone respeto y que me sirve á maravilla para no ser explotado.

Así, pues, el mejor consejo que puedo dar al que pretenda divertirse sin malas consecuencias, es este: siempre cara fosca, aunque por dentro esté uno bailando de alegría.

En los negocios un aspecto siempre serio es un pasaporte indispensable de formalidad y de buena fe, y en la sociedad, un signo de valer y de buen tono.

En todas las clases y en todas las situaciones de la vida la severidad en el semblante es de gran utilidad. En los ricos para ser bien servidos por sus inferiores, y en los pobres para no ser el juguete de los poderosos; en los que gozan de alta posición para imponer el respeto debido á su dignidad, y en los humildes para sostener el decoro, que es el mejor signo de valer en el hombre.

EL PATRIOTA

Tienen la manía muchos españoles de hablar siempre mal de nuestro país, manía no sólo injusta, sino también muy perjudicial para nuestro crédito y engrandecimiento.

¿Cómo nos hemos de quejar de la poca consideración que nos tiene Europa, si nosotros mismos comenzamos por rebajarnos exagerada é imprudentemente?

¿Y cómo hemos de sostener ese amor patrio, que sólo vive unido á la propia consideración, si nos empequeñecemos hasta el punto de negarnos toda buena cualidad?

¡De cuán diferente manera hablan de sí mismos en los demás países!

Es, pues, antipatriótico é inconveniente el lenguaje del desprecio y del pesimismo; antipatriótico, porque nos rebaja á los ojos del mundo, é inconveniente, porque, á fuerza de exagerar nuestras faltas, defectos ó vicios, acaba por hacernos temerosos é irresolutos, y, por consiguiente, inaptos para toda empresa grande y generosa.

Pero, sobre todo, ¿qué corazón, que se precia de noble y caballeroso, no se conmueve y entusiasma cuando se enaltece á la patria y no se indigna cuando se la deprime?

EL EXTRANJERIZADO

El hombre digno y pensador, al juzgar lo que le rodea, debe ser ante todo imparcial.

No por haber nacido en un país atrasado, es lícito cerrar los ojos á la luz y desconocer la superioridad de otras naciones.

Si bien se considera, es más patriótico pregonar las imperfecciones y los errores nacionales, que ponerlos en duda ó negarlos.

Y la razón es esta: para que se corrijan el carácter y costumbres de todo un pueblo debe mostrársele sus faltas, porque sólo puede enmendarse aquel que conoce sus yerros.

Por el contrario, cuando el orgullo ó el desconocimiento de la realidad nos conduce á buscar atenuaciones á nuestros defectos ó á convertirlos en cualidades, la enmienda es imposible.

De todos modos, aunque nos ensalcemos, los hechos, con su irresistible elocuencia, demuestran á cada paso nuestra inferioridad, y contra ellos no hay apelación ni disculpa.

En otro orden de ideas, si ese mismo atraso me obliga á buscar lo más perfecto, lo más nuevo y lo más barato en el extranjero, ¿quién podrá culparme?

No he de sacrificar todos mis intereses y conveniencias por no traspasar la frontera de mi país.

EL BENÉVOLO

¡Qué rectitud de conciencia demuestra quien al oír murmurar del prójimo denota no sólo con su silencio, sino hasta con su desagrado, lo que le disgustan tales conversaciones!

Sólo con tan noble actitud se levanta cien codos en la estimación de los buenos.

Los mismos chismosos no pueden menos de mirar con respeto la entereza del que nunca les sigue en su mal proceder, y la gente imparcial y digna, que es mucha más de lo que se cree, contempla siempre con satisfacción el mal efecto que el murmurador produce.

Por desgracia, el silencio, opuesto á enredos y chismes, es el único recurso del que se estima en la sociedad moderna; pero ¡cuánto más laudable sería dar una lección de caballeridad al enredador, demostrarle cuán digno de censura es su proceder, confundirle delante de los mismos á quienes pretende halagar con sus cuentos, y reñir una batalla al vicio con las armas de la virtud!

Ya que no sea posible, en el estado actual de las relaciones sociales, tan noble valentía, al menos callemos siempre que á nuestro lado se murmure, demostrando así con el silencio que no nos hacemos cómplices de tan despreciable conducta.

EL MURMURADOR

Moralmente hablando, reconozco que si la sociedad se guiase por la más escrupulosa justicia, desde la murmuración hasta la crítica mordaz deberían desaparecer por aquello de que nadie está libre de los defectos que ve tan claro en los demás, y que esto le obliga á una perpetua benevolencia; pero abandonemos el terreno abstracto de una teoría jamás seguida en el mundo, y hablemos con franqueza.

Todo aquel que pretenda hacerse agradable en los salones y círculos, necesaria y fatalmente ha de caer en ese defecto, porque si no él, otros se encargan de dirigir la conversación en tal sentido; el hombre más meticoloso es interrogado, se le hace hablar, con toda clase de añagazas, acerca de lo que él sólo sabe, y por no pasar plaza de hurón ó de tonto, acaba por sacar á relucir lo que no quisiera.

Además, ¿quién, so pena de perjudicarse, de perder quizá un porvenir ventajoso, no ha de procurar hacerse agradable á las personas valiosas de quienes depende su suerte? Por regla general, esa clase de seres gustan de anécdotas picantes, de relatos en que el prójimo ausente aparezca en ridículo, y aquellos que sazonan sus discursos con cuentos y murmuraciones, son los más favorecidos.

Así las cosas, se necesita una gran virtud para no seguir la corriente general y preferir la veracidad absoluta á esos alfilerazos tan universalmente admitidos.

EL ARTIFICIOSO

Pero Grullo es un tipo más común de lo que se piensa. En teatros, en cafés y en reuniones casi nunca falta, y lo peor es que la mayor parte de las veces, él es quien inicia y dirige las conversaciones. El resultado es un tiempo completamente perdido.

Ya que no sea posible estar exponiendo cada día ideas nuevas, al menos cúbrase lo que se diga con el manto de la novedad. De este modo ganará la forma del discurso con la galanura de la palabra, la atención del que escucha se sostendrá por el artificio de lo que oye, y el ingenio del que habla alcanzará unánime aplauso.

Pero no sólo desde esos puntos de vista se hace necesario dar un aire de novedad á lo que se diga amplificando la frase y rodeándola de toda clase de adornos, siempre que presida en su elección el buen gusto; sino que también para la mayor claridad del razonamiento es preciso muchas veces una explicación, y ésta se consigue con circunloquios, imágenes y metáforas que presentan tangiblemente, por decirlo así, la idea que deseamos expresar, sobre todo si ésta es demasiado abstracta ó profunda.

Dejemos, pues, á las gentes de los campos que hablen con ruda sencillez, y en todas nuestras pláticas y conversaciones pongamos de manifiesto las esenciales diferencias que separan al hombre civilizado y entendido del campesino é ignorante.

PERO GRULLO

Cuando hablamos, ó decimos lo que pensamos y sentimos, ó tratamos de falsear nuestro pensamiento y modo de sentir; en el primer caso hablamos en verdad, y en el segundo con mentira.

Pero aun manifestando francamente nuestra creencia, cabe otra división; pues se puede exponer la verdad lisa y sencillamente, ó rodearla de circunloquios y flores retóricas, en cuyo último caso, lo que gana en aparato lo pierde en claridad.

Así es que, según mi entender, el que presuma de orador ó de retórico, podrá, para expresar una idea que pudiera decirse en dos palabras, emplear un discurso entero; pero el que, como yo, prefiera á todo la claridad en la frase, hará muy bien en despojarla de aquellos adornos que hagan más difícil su comprensión.

Y como la verdad siempre es verdad, nunca debemos avergonzarnos de decirla, por muy conocida que sea, porque aun así, alguno ha de haber que no la sepa, y, de todos modos, nadie podrá tacharnos de ir en contra de la razón.

En resumen: nada hay mejor que llamar al pan pan, y al vino vino.

DON FACILIDADES

Parece imposible que haya tantas personas que todo lo dificulten y presenten por el lado peor, aun tratándose de las cosas más sencillas.

Para ellas no hay nada fácil, todo lo emponzoña la desconfianza; de modo que el desgraciado víctima de sus consejos, concluye por ver fracasar, entre dudas y contrariedades, muchos asuntos que con un poco de resolución se hubieran terminado fácilmente.

¡De qué distinta manera procede el verdadero amigo!

Cuando la esperanza sonríe, la aumenta dando al ánimo esa seguridad que tanto vale en todo negocio.

Cuando, por el contrario, domina el desaliento, lo contrarresta con halagüeñas frases, aconsejando que no se abandone la empresa por las dificultades que se han presentado, y proponiendo los medios de resolverlas.

En una palabra, me he convencido de lo utilísimo que es para conseguir cualquier cosa no fijarse nunca en lo espinoso y difícil, sino en lo hacedero y favorable.

Si, á pesar de todo, el asunto sale mal, nuestra conciencia queda tranquila; pues hemos contribuído con esa gran fuerza que se llama la fe en el éxito, y si sale bien, quizás á nuestras palabras y consejos se debe el buen resultado.

DON DIFICULTADES

La experiencia me ha enseñado á buscar, antes que todo, el lado dificultoso y el riesgo de los asuntos que someten á mi consejo.

Creo de buena fe que, si me hago desagradable con mi pesimismo, cumplo siempre con un deber de amistad, presentando el lado peor de las cosas, pues de este modo quedan prevenidas las dificultades y en actitud de poderse vencer.

Si éstas luego no se presentan, la alegría es mayor y nada se pierde con la primitiva contrariedad que causen mis palabras.

Me parece esta conducta más sabia, más prudente y más leal, que la de aquellos que todo lo facilitan, viniendo después el resultado á contrariar las esperanzas de los que siguen sus consejos, y á aumentar el dolor del fracaso con la pérdida de tan soñadas ilusiones; así es que, para huir de reproches futuros por un lado y por el otro servir verdaderamente á mis amigos, en todas ocasiones mis palabras reflejan una gran desconfianza, y aun en lo que á primera vista aparece como de resolución sencilla, me esfuerzo en indagar las dificultades que pueden surgir.

EL INCORRUPTIBLE

Todo el que en algo se estime, considerará siempre el epíteto de venal como grave injuria.

El sentido común marcha en este caso de acuerdo completamente con la razón.

Aquel que es capaz de vender su conciencia, su opinión ó su honra, aunque no lo lleve á cabo, sólo con juzgarlo posible, las relega á un lugar tan secundario para consigo mismo, que puede decirse que apenas las estima en nada.

Véase, pues, de qué culpas y hasta crímenes será capaz quien desconoce el valor de la honra y conciencia propias.

Ni el sentido moral, ni toda acción noble, digna y levantada, significan nada á sus ojos, y necesariamente será incapaz de hacer nunca lo que para él nada vale.

Pero si para la humanidad el venal es una plaga, raras veces llega á ver satisfecha su propia ambición.

El sentido moral del pueblo le depara su merecido destino, por aquello de que el traidor no es menester siendo la traición pasada, y de todas maneras el sentimiento público jamás deja de señalarle con el dedo diciendo: ahí va un bribón.

EL VENAL

¡Cuán frecuente es oír esta palabra: fulano ha vendido su pluma, su inteligencia ó su honra! y sin más explicaciones, el sujeto á quien se alude queda desacreditado, sin detenerse nadie en averiguar la causa ó las múltiples causas de su venta.

Pero lo más curioso es que, sin darse cuenta de ello, la inmensa mayoría de los que presumen de más íntegros, se venden varias veces en su vida.

Y si no veamos: ¿Qué hacen los hombres y las mujeres que se apellidan formales, al contraer un matrimonio, que llaman de razón, más que venderse?

¿Qué hace el abogado al encargarse de una defensa injusta? ¿Y el escritor, que contra sus convicciones, sigue el gusto dominante del público, para que su libro se venda más fácilmente?

¿Y el político que, so pretexto de disciplina, apoya siempre lo que el jefe de su partido dispone, aunque lo crea un disparate?

¿Y aquellos, en fin, que teniendo conciencia de su propio valer, y mirando cómo se elevan otros, mucho más tontos, por medio de una venalidad indiscutible, consideran que si no hacen lo mismo quedarán siempre desconocidos y postergados, y concluyen por seguir la corriente general?

EL ENEMIGO DE CURIOSAR

El curioso es un ente molesto y antipático.

Siempre á caza de noticias que no le importan, siempre entrometiéndose en la vida privada de los demás, llega á ser una verdadera plaga.

Pero lo que es mucho peor: no sólo se hace ridículo y pesado con sus continuas é impertinentes preguntas, sino que, unas veces con intención y otras inconscientemente, se transforma en enemigo de aquellos á quienes trata.

Por su culpa, las desgracias que el olvido, el tiempo ó el secreto podrían remediar en todo ó en parte, se hacen irreparables.

La honra, la dignidad y el interés privado de muchos, se ven de continuo á merced del curioso impertinente.

¡Cuántos pleitos, que causan graves perjuicios, cuántos disgustos y lágrimas ha costado y sigue costando la vituperable curiosidad de esos que se llaman, oh sarcasmo, amigos nuestros!

Porque casi siempre, nótese bien, su propósito es averiguar aquellos secretos que deben estar ocultos, y como el curioso suele divulgarlos con gran facilidad, por eso ha de clasificársele, no sólo de impertinente, sino de temible.

EL CURIOSO

La curiosidad tiene tan alto valor para el hombre, que es como la base necesaria de la investigación.

Aquellos que se atribuyen una indiferencia completa á lo que sucede, se engañan á sí propios ó son de un egoísmo que no se comprende, ni menos puede alabarse.

Y no se diga que el curioso pasa su existencia averiguando aquello que no le importa, ¡cuántas cosas hay que á primera vista parecen indiferentes y luego resultan de interés trascendental, y de cuantas catástrofes ha salvado una curiosidad que parecía impertinente! Si todos los hombres fueran curiosos, mucho podrían ayudarse, porque la ignorancia de un hecho es obstáculo invencible para remediarlo ó mejorarlo.

La curiosidad nos precave de muchos males, nos hace conocer el carácter y las intenciones de muchas gentes, nos pone en situación de averiguar el modo de vivir y la posición de los que pasan por amigos ó enemigos nuestros.

En una palabra, es una cualidad precisa para todo aquel que no se reduzca á encerrarse en un desierto, ó á ser engañado continuamente.

EL ENEMIGO DE JUEGOS DE AZAR

El jugador no se improvisa. Comienza aventurando pequeñas cantidades y á veces cogiendo las cartas sólo por distraerse y sin interés alguno; poco á poco el vicio le domina y acaba por ser el más infeliz de los hombres y hacer á su familia la más desgraciada del mundo.

Siempre preocupado y arisco, siempre profundamente egoísta, el jugador se niega á la caridad y á toda virtud.

No hay que esforzarse en demostrar las desgracias y catástrofes que el juego provoca.

Todos los días y á todas las horas, los ejemplos de desastres ocasionados por tan desdichada pasión, enseñan más que los tratados de moral, á dónde conduce el peor de los vicios.

Causa también la ruina de los jugadores. La razón es que éstos no dejan de jugar sino cuando les falta hasta lo necesario.

Así pasan y desaparecen sus efímeras ganancias, pues fatalmente les ha de llegar la hora de la adversa fortuna, en justo castigo, porque no es lícito que nadie gane lo ajeno sino en recompensa de provechoso y legítimo trabajo.

Para concluir, puesto que el jugador no se improvisa como al principio dijimos, uno de los mayores cuidados de cada familia debiera ser prevenirse contra este vicio, evitando todo juego de azar entre sus individuos.

EL JUGADOR

Pasa como axioma que el jugador es uno de los seres más profundamente viciosos que existen, y como toda regla absoluta, es falsa. El tipo del jugador, según el vulgo, es este: Un sér egoísta, que abandona casa, familia y todo sagrado deber por el juego; en una palabra, un conjunto de todos los vicios. Veamos ahora la realidad. El jugador es generoso y espléndido. El que arriesga cada día gruesas sumas, no puede ser, en buena lógica, mezquino en las cantidades más pequeñas. No es enemigo de su familia, porque justamente su afición le lleva á despreciar y no ocuparse de otros vicios peores. Si algo necesita, después de las emociones del juego, es la tranquilidad del hogar, y cada día tiene que mostrarse más amable y complaciente con sus allegados, para que no pongan obstáculo á su deseo. La acusación, al parecer más fundada, consiste en decir que acaba por arruinarse, y esto con una sencilla advertencia se desmiente. El único quizás de los mortales que sin necesidad del trabajo vive con lujo y esplendidez es el jugador. Luego de alguna parte ha de sacar lo que gasta. Porque dejándose de exageraciones y de vulgaridades, la verdad es que lo que uno pierde otro lo gana, y el que juega, si unas veces sufre pérdidas, naturalmente otras alcanzará ganancias, pues el dinero no se evapora como el agua.

EL AMIGO DE TODOS

Si, como afirman los sabios, la amistad verdadera es superior al amor, en el sentido de que es menos exigente y menos egoísta, nuestro desideratum debe ser alcanzar tan gran beneficio, y naturalmente lo primero que debemos hacer es buscarle.

Aquel que reserva su amistad, por desconfianza de la elección, es difícil que encuentre un amigo verdadero, por la razón matemática de que mal puede probar á sus amigos el que no los tiene.

Siguiendo el sistema contrario, es decir, haciéndose conocido de todo el mundo, es casi imposible que entre tantos dejemos de hallar la *rara avis*, el amigo íntimo y desinteresado que ha de compartir nuestras penas y placeres.

No hay, pues, otra manera de conseguir amigos verdaderos, que tener muchos dudosos.

Esto no quiere decir que, de buenas á primeras, hagamos sabedores de nuestros secretos á cuantos estrechemos la mano, pero sin vacilar prodiguemos á todos palabras cariñosas y demostraciones de afecto: así, después, se podrán elegir á los mejores, conforme á esa gran piedra de toque que es el tiempo.

Solamente para la verdadera amistad reservemos nuestro cariño y nuestra abnegación.

SIN AMIGOS

Un verdadero amigo es casi tan difícil de encontrar como el ave fénix.

Es, pues, inútil pretenderlo.

Porque, á la verdad, aunque no sea imposible hallarle, si ha de ser á costa de sufrir antes cien desengaños, no merece la pena ir en busca del mar sereno, entre escollos, tempestades y peligros.

Yo reconozco como el primero el supremo valor que en la vida tiene la verdadera amistad; pero sé por experiencia, que tal tesoro, cuando se le persigue, casi nunca se encuentra, y en cambio aparece cuando menos se espera.

Esta es la regla de casi todas las dichas é infortunios de la vida: vienen porque quieren, cuando quieren y como quieren; no como queremos, cuando queremos, ni porque queremos.

Aquel que va á caza de amistades necesita componer su rostro y su talante de manera que se haga de todos simpático.

Es un artificio y engaño, en el cual caen voluntariamente los falsos amigos, que como no piensan responder con su cariño, ni con sus sacrificios, nada les importa pagar con otras falsas sonrisas ó con estériles apretones de manos á los que buscan su amistad.

En cambio, aquellos que sienten en su corazón lo que vale la amistad verdadera, huyen siempre de entregar sus secretos y sus sentimientos en poder de esos hipócritas, que á fuerza de halagos y de palabras almibaradas, piensan conquistar todos los corazones, dejando, por supuesto, frío y á buen recaudo el suyo propio.

EL FUERTE

La fuerza física es el gran auxiliar de la inteligencia para el dominio del hombre sobre la tierra.

Porque no solamente aquélla es necesaria para ejecutar lo que la razón dicta, sino que hasta las mismas facultades intelectuales se desenvuelven imperfectamente en un cuerpo raquíptico.

Por esto las razas de naturaleza endeble y poco desarrollada, son siempre vencidas por las fuertes y de mayor desarrollo físico, y por lo mismo los pueblos que por sus vicios ó por otras múltiples causas se ven sujetos á una decadencia constante y progresiva de sus fuerzas materiales, caen ineludiblemente en desarreglo intelectual, presagio cierto de su destrucción.

Y esa ley eterna de las sociedades humanas se ve cumplida más palpablemente en el individuo.

Un hombre sano y robusto, no sólo alarga su existencia mucho más que el raquíptico, sino que, libre de las molestias y atenciones de la propia salud, está continuamente en disposición de emplear sus fuerzas físicas y su inteligencia misma en superiores empresas.

Mens sana in corpore sano.

EL DÉBIL

Es un fenómeno universalmente observado, que el desarrollo de la energía física del hombre está en relación inversa con el de sus facultades intelectuales.

La razón es clara; las fuerzas que más se ejercitan más se aumentan, y aquellas que se abandonan decaen extraordinariamente.

Así, los dedicados á faenas, en las cuales el esfuerzo del pensamiento es insignificante comparado con el corporal, llegan á adquirir gran desarrollo físico, y nunca pasan de ser una mediana inteligencia; y, por el contrario, el que se dedica á operaciones sedentarias, pero cuyo entendimiento está en continuo ejercicio, sin duda alguna advertirá que se debilita el vigor de su cuerpo y que se aumenta el poder de su raciocinio.

Aun para la duración de la vida es preferible la debilidad de la propia naturaleza.

Aquellos que gozan de una salud á prueba de desarreglos y de intemperancias, abusan de ella, abandonan totalmente su cuidado, y si una y cien veces salen victoriosos, llega el momento en que pierden una vida tan poco guardada.

En cambio el débil, siempre atento al estado de su cuerpo, sin descuidar por eso superiores empresas, pues tiempo hay para todo, alcanza comúnmente mayor longevidad que el fuerte.

EL COLECCIONISTA

Las colecciones tienen importancia, no sólo privada, sino general.

Por el afán de buscar objetos, monedas, muebles ó curiosidades para completar una colección, se descubren y conservan inestimables tesoros, de los cuales se sirve luego el historiador y el filósofo para formar sobre bases seguras el estudio y conocimiento de las edades pasadas, sus costumbres, sus vicisitudes y su atraso ó adelanto, en parangón con la presente.

¡Cuántas veces una moneda perdida entre olvidadas ruinas ha servido para fijar el emplazamiento donde se asentaron y florecieron grandes ciudades!

¡Y qué hermoso es poder contemplar reunidas en nuestra misma casa y por nuestros propios esfuerzos la belleza del arte griego, la grandeza del romano, la energía y espiritualidad de los tiempos medios y la clásica inspiración del renacimiento!

En la vida corriente, el coleccionista es un sér benéfico, modesto é infatigable.

Amigo del hogar, adversario de todo vicio, es buen marido, buen padre de familia y ciudadano tranquilo y laborioso; un hombre de bien, en toda la extensión de la palabra, que abandona á los inquietos y mal avenidos los azares y emociones de toda ambición.

EL ENEMIGO DE LAS COLECCIONES

Si el que hace colección de objetos antiguos se propone perder el tiempo, ha conseguido sin género de duda su objeto; pero si lleva alguna otra mira más alta y trascendental, hay que hacerle reconocer que se equivoca, pues que son completamente distintos el sabio y el coleccionista.

Aquéel casi nunca reúne más que lo que al presente necesita para sus descubrimientos, pues no bastaría la vida de un hombre, por larga que fuese, para coleccionar todos los objetos y antecedentes que son fundamento de sus estudios.

Así es que, casi sin excepción, se vale para comprobar sus hallazgos, no de colecciones privadas, incompletas siempre para la ciencia, sino de Museos del Estado.

Pero el principal defecto del coleccionista consiste en su misma pasión.

Por ella, el que pudiere sobresalir en otros estudios, esteriliza su trabajo y abandona toda ocupación provechosa, sin retorno jamás de la voluntad á labores más útiles, porque su incesante afán le absorbe de tal modo, que sólo desaparece con la muerte.

Es un vicio como toda afición llevada al exceso; y, en la mayoría de los casos, una venta ó subasta á ínfimos precios, acaba dispersando colecciones que, para formarse, han consumido, á fuerza de trabajos y cuidados, una existencia entera.

EL LISTO

La inteligencia siempre ha dominado, domina y dominará al mundo.

Las más poderosas fuerzas sociales, la riqueza, el valor ó el nombre, si no van acompañados del talento, tienen que circunscribir su esfera de acción á límites muy reducidos.

Sólo el superior entendimiento se abre ancho camino por todas partes y domina todas las circunstancias de la vida.

Es la fuerza social por excelencia; la gran palanca que remueve los pueblos, que cambia estados y civilizaciones; en una palabra, que hace al hombre rey de la creación, á pesar de su inferioridad física.

Y aunque hoy y siempre la inteligencia logra al fin imponerse y dominar, si todavía encuentra obstáculos en su marcha, debido sobre todo á preocupaciones y recelos de la mayoría de los hombres, día ha de llegar en el que la ley no sea impuesta por el mayor número, que es el de los ignorantes y poco reflexivos, sino por el talento, que siempre es minoría en la tierra, pero minoría tan gloriosa, que por ella se establece y afianza la razón y el derecho.

Sin la inteligencia, el hombre hace muchos siglos que hubiera desaparecido del mundo, vencido por seres más fuertes.

UNA MEDIANÍA

Hay que desconfiar de los hombres que se pasan de listos. Casi siempre buscan su propio bien á costa de los demás. Es irritante que la mayoría de la nación, que sólo posee un mediano talento, se vea á merced de unos cuantos, porque éstos tengan, no más bondad, sino más travesura.

Y no hay que forjarse ilusiones. Gran parte de los que pasan por listos suelen ser también despreocupados en cuestión de moralidad.

El talento no se puede librar casi nunca del orgullo manifiesto ó disfrazado, y el orgullo lleva á vencer todas las dificultades que se le presentan, sin reparar en los medios, cuando considera á las leyes de la justicia obstáculo á sus empresas.

Pero Dios es justo. El talento, don ajeno á la voluntad del hombre, no ha de ser premiado como lo que depende de nosotros.

La zozobra, los obstáculos y traiciones rodean siempre al que por su habilidad pretende imponerse.

En cambio, el que se reconoce una medianía vive tranquilo y feliz, oponiendo como freno á la ambición el convencimiento de su limitada inteligencia.

EL DE VISTA DE LINCE

El primer sentido es el de la vista, y sin embargo, en la práctica se aprecia menos de lo que vale.

Hay muchos que la van perdiendo insensiblemente, ya con lecturas excesivas y en malas condiciones de luz, ya con minuciosos trabajos, propios de las carreras ú oficios que eligen, ya de otros diversos modos, sin darse cuenta de que así pueden ocasionarse un mal irreparable.

Que la buena vista es un tesoro inapreciable, no hay necesidad de esfuerzo alguno para demostrarlo.

Es para el cuerpo la mayor defensa en los peligros, y á cada momento, en la vida corriente, su más útil compañero; y para el alma el imprescindible medio que la pone en relación con los objetos exteriores, y sin el cual las facultades humanas apenas pueden desarrollarse, faltas de esa relación externa que forma el más dilatado campo de su actividad.

Una buena vista es casi siempre el primordial origen de invenciones y descubrimientos.

A ella debe la humanidad grandes adelantos; y si los demás sentidos llegaran á atrofiarse, la vista podría suplirlos en cierto modo, y el hombre seguir cumpliendo su alto destino.

EL MIOPE

La vista es más provechosa al hombre que ningún otro sentido. Pero de este gran beneficio disfruta en la vida usual no sólo el que la tiene privilegiada, sino también aquellos que únicamente llegan á no confundir de cerca los objetos. Y aun me atrevo á afirmar que una vista corta es preferible á una vista de lince, más veces de lo que se cree.

En muchas ocasiones la miopía nos dispensa de etiquetas enojosas y de encuentros inoportunos. Al miope no se le cansa con molestias ni encargos que han de ocupar sin provecho un tiempo precioso.

Para el estudio ó las diversiones basta casi siempre cualquier grado de vista, y hasta ha llegado á ser de buen tono el uso, cada día más frecuente, del monoclo y binoclo, aun en aquellos que no lo necesitan.

Es muy provechoso usar lentes, y en los momentos de apuro pretextar su olvido ó pérdida para disculparse de una falta voluntaria ó involuntaria.

Es para el orador recurso, muchas veces empleado, el arreglarse los anteojos al buscar una idea recalci-trante. La mala vista da también patente de sabio é investigador en muchas ocasiones. Es, por último, el sentido mejor sustituible, gracias al poderoso auxilio de los cristales cóncavos ó convexos.

EL TEÓRICO

Pasa como cosa corriente que el hombre práctico vale más en la vida que el teórico, y nunca mayor absurdo ha logrado mejor fortuna.

La teoría siempre ha sido, es y será más noble, más elevada y lógica, como hija del raciocinio y de la elucubración científica, que la práctica, pues que dentro de la realidad viven y se desarrollan las verdades mezcladas con los errores, y se confunden y contrarrestan las pasiones y los intereses con la justicia y la moral, temerosas éstas de no poder asentarse sobre la sociedad humana sino á costa de transacciones con el mal y el error.

Se toma como el non plus de habilidad y hasta de justicia en el hombre esa eterna transigencia, que si al menos fuese involuntaria beneficiaría de la circunstancia atenuante de la ignorancia, pero que llevada á la práctica deliberadamente, lo que significa es falta de convencimiento ó falta de moralidad.

Lo cierto es que no debe el hombre de conciencia y de ilustración hacer dos partes en su vida: seguir en la práctica la común corriente de injusticia y errores que gobiernan los pueblos, so color de conciliación, y abandonar sus ideas como esterilizadas en el fondo de su entendimiento, bajo el pretexto de que aun no ha llegado el día de realizarlas, como si de este modo su triunfo pudiera llegar alguna vez.

EL PRÁCTICO

Los hombres teóricos, en busca siempre de la perfección, ó por mejor decir, de aquello que á su fantasía se le antoja como perfecto, desconocen del todo la naturaleza de sus semejantes.

Querer, en medio del mare magnum de caracteres y tendencias rivales, establecer una norma general por la que se rijan todas las sociedades é individuos, esa es la aspiración del hombre teórico, el cual, con una terquedad y persistencia dignas de mejor suerte, sigue su camino sin transacciones ni tolerancias que él juzga inmorales, y que en realidad son exigencias de la vida.

Porque sin transigir ni disculpar debilidades y defectos que son inherentes al sér humano, no es posible la vida y mucho menos la vida provechosa. A cada momento las pasiones, los intereses y los caprichos, cierran el paso á toda innovación ó intento de reforma.

Luchar de frente contra tanto tropiezo, es empresa titánica y sin resultado favorable.

Unicamente con un sistema constante de concesiones, benevolencias y disculpas, puede conseguirse la victoria, y por eso al hombre teórico se le llama, y con razón, utópico y visionario.

EL ARROJADO

En todas las sociedades y en todos los tiempos la valentía ha alcanzado extraordinarios honores. El arrojo merecería ser, pues, uno de nuestros primeros deberes, por lo mismo que nos proporciona grandes ventajas.

Así el miedo que en la mujer parece natural y hasta simpático, inspira menosprecio cuando es el hombre quien lo siente.

Y no se sostenga que la cobardía es involuntaria é inevitable en ciertas naturalezas.

El sentimiento de la dignidad y decoro se sobrepone, siempre que nuestra voluntad firmemente lo quiere, al instinto del miedo, que al fin y al cabo no es sino la manifestación de una debilidad impropia de nuestro sexo y muchas veces contraproducente.

El valor, en efecto, ha salvado al hombre en muchas más ocasiones que el temor, porque el arrojo impone respeto, y con más confianza puede dirigirse á todas partes y conseguir lo que desea el que tiene asegurada la fama de valiente, que no quien demuestra con sus actos, su debilidad y apocamiento frente al peligro.

Por último, ante la seguridad de morir más pronto ó más tarde, y los sinsabores de la vida, no son de tanto valer unos años más de existencia, para hacernos olvidar la desconsideración que acompaña siempre á la cobardía.

EL MIEDOSO

Al desprecio de la propia existencia se llama valor, y este desprecio es tan contrario á la naturaleza humana, que puede considerarse como una tendencia al suicidio, y, por lo tanto, como un delito.

Pero casi siempre la llamada valentía sólo consiste en saber disfrazar mejor el miedo, porque siendo esencial en el hombre el amor á sí mismo antes que todo otro amor, no se concibe que se arroje con gusto á los peligros en los cuales puede fácilmente encontrar la muerte.

¡Cuántos hay que por rendir culto al qué dirán, buscan en arriesgadas aventuras una injusta fama que su misma conciencia anatematiza como contraria al natural instinto de conservación en todos los seres!

¡Y cuántos, que pudieran prestar grandes servicios y acometer beneficiosas empresas, arrastrados por un ciego movimiento de irreflexivo arrojo, sacrifican su vida de la cual no tienen derecho á desprenderse!

Dios nos ha dado la existencia, y Él sólo nos la puede quitar. No es, por lo tanto, lícito exponerse á los peligros, porque si bien muchas veces podremos salir triunfantes, al fin es muy probable, casi seguro, que llegue un momento en el cual nuestro arrojo nos condene á morir, cuando es nuestro deber conservar la vida.

Son muy contadas las ocasiones que dan justa gloria y utilidad al sacrificio. Quizás se reduzcan á tres: el esfuerzo para salvar al prójimo en peligro, y la lucha en defensa de la religión y de la patria.

EL SOCIABLE

No hay hombre sin hombre. Separarse de la sociedad es perderse. En todas ocasiones la comunicación con nuestros semejantes es utilísima. No sólo en las circunstancias anormales de crisis, enfermedades ó desgracias, necesitamos imperiosamente del auxilio ajeno, sino que aun cada día, á cada momento, ninguno puede prescindir de los demás, aun cuando su salud, su prosperidad y su situación sean de las mejores.

Por algo el hombre, desde el estado salvaje, y en el mundo entero, ha llegado á formar familias y pueblos, y si aun quedan algunas excepciones en remotos países, llevarán consigo la destrucción ó esclavitud aparejadas necesariamente.

La sociedad con nuestros semejantes nos educa, nos enseña y nos hace maestros en la práctica de la vida, mucho más que la lectura del mejor libro.

Debemos, pues, buscar en todas ocasiones el trato y comunicación, no sólo con una persona determinada, sino con todo el mundo, pues en la constante relación de unos con otros, quizás el que hoy creamos menos útil, será mañana quien nos ayude, nos sirva ó nos favorezca.

Y aunque el provecho y bienestar propios no hubieran de conseguir tantos [beneficios de nuestros semejantes, el deber nos manda imperiosamente que les ayudemos con todas las fuerzas de que dispongamos, porque mal puede exigir auxilio y socorro quien no está dispuesto á prestárselos á los demás.

EL MISÁNTRORO

El hombre es enemigo del hombre, triste es tener que confesarlo.

La práctica de la vida nos enseña que sólo podemos esperar indiferencia de nuestros semejantes en todo aquello que no les concierne.

Cuando su interés va de acuerdo con el nuestro, nos aconsejan y ayudan, por la utilidad que les resulta; pero si, por el contrario, hay oposición de deseos ó de conveniencias, el egoísmo aparece franco ó encubierto, pero siempre codicioso é implacable mientras dura el motivo que le ha despertado.

Hay algunas honradas excepciones, quién puede negarlo, pero ellas mismas, por su poca frecuencia, confirman la regla general.

Donde más clara se ve esa desdichada condición humana, es en el diverso modo de apreciarse los beneficios recibidos y las mercedes otorgadas.

Respecto á los primeros, se estima el reconocimiento como pesada carga que es preciso desechar lo antes posible con el olvido, mientras que de nuestros obligados exigimos eterna gratitud.

Por eso, sin considerarme yo mejor que los otros, pues soy de su misma naturaleza, ó reconozco más claramente los defectos del hombre, ó más sincero que mis semejantes, no pretendo exponerlos ni exponerme al engaño y á la falsía.

Así huyo de su trato y busco en la soledad el único recurso posible, que es olvidar y ser olvidado.

EL HUMILDÍSIMO

El orgullo es un vicio, bien lo saben los mismos orgullosos, y por eso, aunque son muchos en número, muy pocos manifiestan ostensiblemente su flaqueza.

La soberbia disimulada, aunque pretenda aparecer como modestia, muy rara vez logra su objeto, porque casi siempre se transparenta su artificio, unas veces por un involuntario movimiento de jactancia, y otras por la misma exageración de la falsa humildad.

Pero si esta hipocresía es enojosa para los demás, la alabanza de sí mismo es intolerable y ofensiva para los que escuchan, siendo la vanagloria como el deseo oculto de establecer una comparación entre los presumidos méritos propios y la insuficiencia ajena; y por cierto que se engaña el presuntuoso, porque sólo consigue empequeñecer sus acciones laudables y benéficas pregonándolas.

De uno ó de otro modo, ostensible ó encubierto, el orgullo es no solamente antipático, sino también vano y sin fundamento.

Una sola acción buena lógicamente no puede envanecernos cuando va seguida de otras malas; y aunque las obras benéficas ocupen la mayor parte de nuestra vida, es la soberbia como veneno que á todas desvirtúa y perjudica.

Es un axioma por todos reconocido, que los hombres más perfectos son siempre los más humildes.

EL ORGULLOSO

Es tan natural el orgullo, que sin poderlo evitar nos domina, ensalzándonos á nuestros propios ojos con fuerza irresistible siempre que hacemos algo bueno, ó pensamos, ó descubrimos algo importante.

Pero no solamente es un hecho que ha de reconocerse, es también como un impulso de la intuición, del cual nunca debemos avergonzarnos; porque el orgullo representa el movimiento íntimo y la estimación de nuestro valer, que nos anima á seguir mereciendo para ser dignos del general aprecio.

A veces, ante la envidia ó la insuficiencia de los demás, es conveniente y hasta necesario ocultar la satisfacción de nuestro amor propio, y en este caso el mérito y la superioridad que hayamos alcanzado se acrecerá con nuestra aparente modestia.

Y digo aparente, porque no me explico de qué manera el claro talento, la habilidad y el ingenio pueden desestimarse, en lo cual consiste la verdadera modestia, siendo así que antes que nadie el que posee aquellas superiores cualidades debe reconocer su importancia por la misma claridad de su inteligencia.

Este disimulo en ciertos casos, no excluye la legitimidad de la alabanza de sí mismo en muchos otros. Cuando somos aún desconocidos, ó no se nos aprecia en lo que merecemos, entonces es preciso dar á entender que valemos más, para que nuestras futuras acciones alcancen del vulgo indiferente la estimación justa y precisa.

EL SABIO

Siempre es útil saber; esta regla no tiene excepción. El que más sabe es el que más ve. De poco sirve el gran talento si va unido á una crasa ignorancia, porque bien pequeña ha de ser la luz que difunda la propia inteligencia, por superior que sea, sin la ayuda y guía de los racionios, las invenciones y los descubrimientos de los demás; y esa suma de datos y precedentes que desconoce el ignorante, se las apropia el sabio.

Y aun para la vida normal y ordinaria es de rigurosa precisión el estudio. La ignorancia nos expone á muchos males y peligros de que el saber nos libra, porque la experiencia de los siglos es el mejor escudo y maestro en nuestra peregrinación por la tierra.

La instrucción proporciona también igual ó mayor triunfo que el ingenio en la sociedad, con la circunstancia de que es más laudable y objeto de mayor elogio la sabiduría, como fruto de grandes desvelos y trabajos.

Un sabio de mediana inteligencia podrá siempre vencer al ingenioso ignorante en cualquiera discusión filosófica, histórica ó científica. Bastará para conseguirlo llevar la polémica al terreno de la erudición, y por más argumentos artificiosos y hábiles celadas que presente el contrincante, como no hay subterfugio posible cuando se trata de fechas, hechos, ó doctrinas ajenas, tendrá que rendirse ó quedará en ridículo el que los ignore.

EL IGNORANTE

Es preciso que cada cual elija desde bien temprano su camino en la vida. Unos, los sencillos y sin aspiraciones, escogen el de la erudición, y como el saber no tiene límites, pasan la existencia entre libros, creyendo hoy haber conseguido hallar una verdad y convenciéndose después que su pretendido hallazgo era sólo una doctrina refutada por otra, y así sucesivamente.

El sabio no llega al conocimiento de la sociedad ni de los hombres, tales como son en realidad, y es el que menos que nadie sabe vivir. Engolfado en el estudio de hechos y doctrinas los más variados y heterogéneos, ignorará siempre lo que más conviene saber, la práctica de la vida, que no se aprende en libros sino en el trato corriente del mundo, única enseñanza que el sabio desdén en la imposibilidad de ocuparse de todo.

En cambio es muy difícil que el hombre público, el que se dedica á los negocios, ó quien aspira á vivir y á brillar en sociedad, dedique todo el tiempo preciso á un saber profundo, que por sí sólo necesitaría un plazo mucho más largo que el de una existencia.

El sabio siembra, es verdad, pero no es él sino el hombre práctico quien recoge los ricos frutos de tantos sudores y trabajos. Así es por todos reconocido que la erudición no conduce más que en contadas excepciones á la riqueza ó al poder. Y de este convencimiento universal resulta que el número de los sabios es muy corto, como lo es siempre el de los que renuncian de propia voluntad á las ventajas que les ofrece el porvenir.

EL VERGONZOSO

La desvergüenza es producto siempre de la mala educación, y lo que es aún peor, de los malos sentimientos. Un hombre medianamente educado, y aunque no lo sea, si es de recta conciencia y de buen corazón, nunca, al hablar con otro, se proparará á motejarle por sus imperfecciones y defectos sino cuando su deber ó la necesidad se lo exijan, porque la injuria es grave ofensa cuyo fin no es otro que el de desconceptuar ó poner en ridículo al injuriado. No serían posibles las relaciones sociales, si la desvergüenza fuese permitida ni aun tolerada; así es que en todos los pueblos y en todas las épocas se ha considerado digna de justa y severa censura.

Todo aquel que no tiene la suficiente delicadeza para estimar los deberes recíprocos que la sociedad nos impone, debe separarse de ella ó sufrir la pena que corresponde á su grave falta.

Por el contrario, ha de estimarse al vergonzoso como modelo de hombre fino, bien educado y constante observador de esa prudente reserva en el hablar y de esas reglas de recíproca tolerancia, únicas bases seguras para la conservación de las sociedades humanas, que viven y se desarrollan siempre por el mutuo respeto y mutua condescendencia.

EL DESVERGONZADO

Se llama desvergonzado al que tiene por costumbre decir verdades que no son del agrado de su interlocutor, y la palabra desvergonzado significa también no tener vergüenza; de manera que se da el caso curioso de que quien ama tanto la vergüenza que no puede tolerar el no hallarla, es justamente el que lleva el sambenito de no conocerla. La contradicción es tan evidente que no necesita más explicación.

Si acaso alguno merece el nombre de desvergonzado, no puede ser otro, en buena lógica, que quien se calla al encontrarse con la falta de vergüenza de los demás, porque demuestra con su silencio ó aprobación cuán poco le importa tan alta virtud.

Por el contrario, el que se indigna de tal modo que no puede contener su lengua siempre que se le presenten delante el vicio ó las malas pasiones, bien sea desvergonzada ó hipócritamente, ese sólo debe merecer el nombre de vergonzoso, que significa tener pundonor, y, por lo tanto, tener vergüenza.

Si á veces el llamado descomedido se permite motejar defectos físicos ó morales, cuya enmienda no depende de la voluntad, ó lo hace generalmente en son de broma ó en un momento de arrebato, y una ú otra causa sirven de disculpa á la ofensa, pero de todas maneras siempre será más noble decirlo cara á cara, y frente á frente, que no seguir la cobarde conducta de los chismosos y murmuradores, que eligen el momento de sus ataques en ausencia del criticado, impidiendo que éste pueda defenderse.

EL QUE PREFIERE LA POESÍA Á LA PROSA

La poesía ha merecido ser llamada el lenguaje de los dioses.

La cadencia que acompaña al verso, el movimiento que la rima imprime á la frase; la profusión permitida de imágenes grandiosas, metáforas atrevidas y demás galas retóricas, el encanto, en una palabra, de la forma poética, unido á la mayor dificultad que ha 'de vencer el autor, prestan una superioridad indiscutible al verso sobre la prosa en una obra literaria.

Así lo han reconocido en todos tiempos y países los grandes genios de la fantasía, prefiriendo los más escribir en verso sus obras inmortales.

Quédese la prosa para el lenguaje corriente y, como su nombre mismo lo indica, para el uso prosaico de la vida.

La brillante imaginación, en su vuelo hacia lo ideal y lo infinito, debe poseer también un lenguaje superior para expresar sus creaciones.

Así el instinto natural de todos los pueblos lo ha decidido.

De esta manera el poeta, por derecho propio, ocupa el primer puesto en todas las literaturas, y por esto ha de acudirse, siempre que se pretenda conocer la historia literaria de una región, á averiguar, antes que todo, el número y valor de los poetas que ha producido, quedando en segundo término el estudio de sus prosistas.

EL QUE PREFIERE LA PROSA Á LA POESÍA

La primera condición que debe exigirse de toda obra literaria es que la frase traduzca fielmente el pensamiento del autor.

La tiranía del metro y del ritmo produce fatalmente una imperfecta expresión de la idea en la poesía, mientras que la prosa se amolda á definir con toda exactitud lo que pensamos ó sentimos.

Niego también que el estilo poético se avenga mejor que el natural á las altas manifestaciones de la fantasía. Todos los más sublimes conceptos y los más atrevidos vuelos de la imaginación se pueden expresar con el mismo calor y lujo en uno y otro lenguaje.

El verso tiene, no hay por qué negarlo, cierta cadencia musical que encanta y seduce, pero un período rotundo, sonoro y bien acabado en prosa, reúne una majestad y amplitud muy preferibles, aun desde el punto de vista del sonido, á las mejores rimas.

La prosa posee también la indiscutible excelencia de la naturalidad, pues todo verso es una expresión artificiosa jamás usada en la vida real, ni en los momentos de calma, ni menos aun en el batallar de las grandes crisis y pasiones.

¿Por qué, pues, hemos de considerar superior el que hablen los hombres en las obras poéticas de un modo que nunca emplean en la vida práctica? ¿Y para qué torturar la imaginación haciendo el sacrificio de la claridad y exactitud de nuestro pensamiento en aras de lo inverosímil?

SIN ANTOJOS

El antojadizo, como su mismo nombre expresa, es un sér insustancial y vano. Gasta su dinero en aquello que menos necesita; busca lo superfluo, descuidando quizás lo necesario; llena su casa de objetos inútiles y desperdicia el tiempo en pequeñeces.

El hombre formal, el sabio y el que adquiere celebridad por su talento, desdeñan esos antojos que tienen por base una curiosidad femenil; porque el caprichoso, ocupándose generalmente en formar colección de inutilidades que le cuestan mucho más de su valor, representa el extremo á que llega la frivolidad humana.

De explotar esta manía viven muchos comerciantes, que ganan sumas enormes con objetos inútiles y de escaso mérito.

Excita también la envidia y mala voluntad, pues el necesitado, al ver cómo se derrochan grandes cantidades en cosas tan superfluas, hace inevitablemente la comparación entre su necesidad propia y estos despilfarros del capricho ajeno.

¡Cuánto más noble y útil es emplear cada cual su dinero, después de bien cubiertas sus necesidades, en asuntos de mayor importancia ó en provecho de los infortunados!

EL ANTOJADIZO

No comprendo cómo hay algunos tan sin caprichos que pasan sin detenerse delante de un escaparate donde se ostentan los objetos más ricos y del mejor gusto.

Es muy difícil hallar disculpa en quien teniendo dinero no lo gasta en aquello que más llama su atención, porque el indiferente á todo lo que lleva el sello de la elegancia y el buen gusto, merece ser considerado como incapaz de sentir y de apreciar lo bello, pues si lo siente y aprecia, es natural que anhele su posesión, y si lo anhela y es rico, que procure obtenerlo. El pobre sólo puede admirarlo platónicamente, pero si no lo adquiere es contra su voluntad.

Así, lo que se llama antojo no es más que la elección que hace nuestro gusto de esto ó de aquello, y, por consiguiente, una cualidad de la humana naturaleza, que alcanza tanto mayor desarrollo cuanto mayor es nuestra cultura.

Por los caprichos de la gente rica se sostiene mucha parte del comercio, se alhajan habitaciones y personas, circula la riqueza y viven millones de obreros.

Así, el antojadizo debe ser considerado, no sólo como admirador inteligente de lo elegante y de lo bello, sino también como benéfico y útil, pues que sin él no tendría fácil salida mucho de lo que produce la habilidad de los trabajadores, y quedarían en la miseria infinidad de familias.

ROMEO

Como no se ama verdaderamente más que una vez en la vida, los sublimes goces que el delirio apasionado proporciona sólo pueden existir en ese único amor.

El hombre y la mujer se equivocan si suponen, que cuando el corazón no siente, puede la fantasía resucitar esos incomparables placeres del alma que sólo la pasión despierta.

Con esta falsa idea, muchos llaman cariño á lo que es coquetería ó capricho. Así cambian de amores, sin fe ni entusiasmo, y piensan que eso es la felicidad. Pero ¡cómo se engañan!

Más tarde, en la edad de los recuerdos, la memoria de las relaciones fugaces aparecerá como una nube visible sólo para la fantasía, pero sin agitar ni conmover al alma, y únicamente el amor verdadero, á quien tal vez desterró nuestra ambición ó nuestro carácter, llenará de encanto y poesía el corazón hasta la muerte.

¡Dichosos, pues, aquellos que entregan sin reservas ni vacilaciones su alma y su vida al sér amado! Sólo ellos han sabido elegir, entre los anhelos y mentidos goces de esta vida miserable, el único sentimiento que eleva y dignifica al hombre y que es capaz de hacerle feliz.

Todos los indiferentes son como el ciego, que mirando al sol no le ve, y que frente al sublime espectáculo de un mar sin límites, ha de contentarse con las explicaciones de quienes lo admiran y pueden sentir la emoción que produce tanta grandeza.

EL MARIPOSA

Francamente hablando, una mujer hermosa no busca en el amor fidelidad ni consecuencia, porque no las necesita. Sabe muy bien que no le han de faltar adoradores, y por eso se contenta con oír que la idolatran, aunque sepa que se lo declara el más voluble de los hombres.

Un amor pasajero reúne para ella las ventajas de lo desconocido é imprevisto, sin que la pesadez de la constancia, ni la desilusión, que suele ser el resultado de las relaciones interminables, conviertan á éstas en una especie de costumbre sin las emociones ni el fuego de los primeros momentos.

Halaga también, y con razón, su amor propio contemplar tantos admiradores de su belleza y tantos solicitando su cariño, mas para que continúe este homenaje es necesario no demostrar marcada preferencia por uno solo, pues se expone, si así procede, á que se retiren los demás, despechados de su desaire.

Quédese para las modestas y sin pretensiones la fidelidad que buscan afanosas en un amor que la suerte ó la casualidad les depara.

Por esto yo, que sólo me dedico á las que son bonitas y lo saben, cambio de relaciones con la tranquilidad del que no comete ninguna falta.

Si ellas (hablo sólo de las hermosas) acogen el amor como un dulce y encantador pasatiempo, ¿por qué razón hemos de importunarlas pretendiendo que se sujeten á una constancia de toda la vida? Las mujeres suelen preferir á los que llevan fama de hombres de mundo; complazcámoslas, pues, y así todos quedaremos satisfechos.

EL CAZADOR

El ejercicio de la caza de montería es el más saludable para el cuerpo, porque le adiestra y fortifica: como entretenimiento es uno de los más agradables, manteniendo vivo el entusiasmo días enteros, y el más viril y propio del hombre, pues se asemeja á la guerra, pero sin su crueldad.

Es también cortés y caballeroso con la misma víctima, porque siendo de imperiosa precisión el sacrificio de los animales para nuestro sustento, al menos en la caza de que hablamos, se les deja relativa libertad de defenderse y de huir, mientras que todos los días se inmolan millones de seres indefensos y aprisionados para satisfacer nuestro apetito.

Bien lo comprende así el sentido común cuando establece una diferencia tan radical entre el cazador y el matarife; y la buena sociedad busca en la caza una de sus más favoritas diversiones, pues considera con razón digno de un caballero, reunir á la vez en un mismo acto el ataque y la hidalguía de procurar la defensa.

El uso del reclamo y de los cepos es más cruel, no puede negarse; pero siempre es útil librar á los agricultores de un sinnúmero de enemigos que disminuyen sus escasas ganancias; y sobre todo, antes de lastimarnos en demasía por el suplicio de un animal, debiera entristecernos la desgraciada suerte que acompaña á la inmensa mayoría de nuestros semejantes. Así, mientras dure la guerra y otras crueldades entre los hombres, bien podemos permitirnos la persecución contra los seres irracionales.

EL PROTECTOR DE LOS ANIMALES

Aunque para nuestro sustento se haga necesario el sacrificio de indefensos animales, jamás puede considerarse legítima la tortura como preliminar de su muerte. Por esto, si los que ganan su vida sacrificando reses en un matadero pueden hallar disculpa, nunca se la otorgaremos á quien convierta en pasatiempo la crueldad. De ahí que la caza, con su lujo de emboscadas y de persecuciones, sólo manifiesta la dureza del hombre que á ella se dedica. Acosado y perseguido el pobre animal días enteros, sólo consigue con la fuga y con sus inútiles defensas hacer más larga su agonía. Indefectiblemente debe morir, pues sus numerosos é implacables enemigos así lo han dispuesto. Y cuando ya sin fuerzas para defenderse y sin poder para seguir huyendo se declara vencido, el que debiera dar ejemplo de conmiseración, pues es el más poderoso, le arranca la vida y da por concluída tan extraña fiesta con la muerte del más impotente de los seres. La caza es más injusta que la guerra, puesto que las armas no son iguales, más implacable que la rencorosa venganza, porque no ha habido ningún agravio. ¡Y cuánto podríamos añadir si nos fijásemos en aquellos que se valen de cepos, celadas ó reclamos! Pero más vale callar, esperando que llegue el día en que los buenos sentimientos triunfen en el corazón del hombre, haciéndole renunciar á tan inhumana diversión.

EL PESCADOR DE CAÑA

La pesca con caña es uno de los más cómodos y agradables entretenimientos. Permite sentarse y aun reclinarse sobre la fresca hierba y esperar con todo sosiego un feliz éxito. La emoción que produce al observar cómo se mueve, se hunde y por fin desaparece el corcho en el agua, es también causa de grato solaz que convierte al pescador en un hombre feliz. A esto se agrega lo útil de tan pacífica diversión, pues que conduce al aumento de un plato más en nuestra comida, con gasto casi nulo.

La imaginación no permanece ociosa en las horas que á la pesca se dedican, pues unas veces se hacen cálculos acerca de los probables resultados en el día, otras se recrea y maravilla el ánimo ante el risueño espectáculo que la naturaleza nos presenta, y en todos los casos vuela el pensamiento con entera libertad, sin que estas distracciones del espíritu interrumpan nuestro primordial objeto.

La misma tranquilidad y quietud predispone la mente á ideas buenas y sencillas, y así se observa que en todas las escalas de criminalidad los pescadores de caña son los que en menor número aparecen.

Por la naturaleza de sus aficiones, allí donde se encuentra un pescador, es casi seguro hallar un hombre de bien.

EL ENEMIGO DE LA PESCA DE CAÑA

Llamar á la pesca de caña diversión es forzar el sentido de esta palabra de un modo lamentable. Porque el gusto de sacar un pez, casi siempre insignificante, no puede compensar ni con mucho el fastidio de horas y horas de aburrida espera. Demuestra también el pescador falta de imaginación. ¿Quién, que presuma de ella, puede aguantar días y días una esperanza tan nimia? Es tarea incómoda, porque á cada instante hay que renovar el cebo; es poco sana, por la falta de saludable ejercicio, y denota una cachaza tan grande que excluye la actividad del espíritu; así, pocos hombres de talento se dedican á la pesca. Es el oficio de quien no se conceptúa apto para otra cosa mejor.

Es también la pesca cruel y traicionera. Su crueldad se manifiesta al no contentarse con el sacrificio del indefenso pescado, pues casi siempre se le abandona vivo á una larga agonía en el fondo de un cesto, y la traición resulta del gran cuidado con que se procura que el anzuelo quede bien cubierto. Y aunque esta última condición sea necesaria para conseguir el resultado que se desea, no por esto deja de merecer el nombre de celada.

EL CLÁSICO

Es una preocupación suponer que los preceptos en las bellas artes coartan la libertad del inventor, ó creador. Lo que hacen es dirigirles por el camino de la verosimilitud y del atinado concierto. Las reglas poéticas dejan anchísimo campo á la fantasía; sólo fijan un límite al desarreglo y al extravío, porque lo exagerado ó lo inconveniente no es ni puede ser bello. La estética tiene sus leyes fijas y determinadas. La armonía de los detalles forma un bello conjunto; no basta agrupar bellezas sin orden ni medida. Y como la imaginación sin traba alguna está muy expuesta á buscar innovaciones fuera del imperio de la estética, es necesario encauzar su corriente y nada mejor puede hacerlo que el estudio y meditación sobre los grandes maestros. Debemos, pues, someternos á sus enseñanzas, no sólo por su gran autoridad, sino también por el convencimiento de que son sus obras el modelo en que deben inspirarse las nuestras.

La imaginación es como un gran río. Necesita marchar por su cauce, y tan pronto como se desborda, las benéficas aguas se transforman en torrente asolador, así como la sublime imaginación en estéril locura.

EL ROMÁNTICO

Establecer reglas y poner trabas á las creaciones de la fantasía es tan absurdo como pretender fijar término á lo infinito.

La imaginación se desarrolla tanto más lozana y potente, cuanto mayor es la libertad é independencia de que goza. Nadie puede establecer *à priori*, dónde empieza y dónde concluye el imperio del arte, porque ningún sér humano sabe cuáles son los límites de la belleza. Se puede juzgar del mérito ó demérito de una obra ya realizada, pero nunca legislar acerca de las que han de crearse.

La reglas son el molde en que funden sus producciones los ingenios de pobre y estrecha fantasía, que con preceptos ó sin ellos jamás serían verdaderos artistas.

La inspiración cohibida, tropezando á cada momento con trabas y dificultades que á su paso han colocado, no los grandes genios, sino tratadistas sin inspiración, pierde su carácter propio de espontaneidad. Todos sus más sublimes esfuerzos se esterilizan al ceñirse á esas llamadas reglas y unidades, y que en realidad constituyen caprichosa carrera de obstáculos que establecen los pobres de imaginación con propósito de dificultar la triunfadora marcha del genio.

La única regla en obras de arte ha de ser el criterio del propio autor. Si acierta, su recompensa es la inmortalidad; si yerra, el olvido.

EL TAURÓFOBO

Parece imposible que á últimos del siglo XIX se toleren las corridas de toros, función que nos despretigia á los ojos de la Europa culta.

No hay ningún espectáculo que le supere en excitar los malos instintos de los espectadores. La vista casi continua de la sangre, el aplauso de miles de personas á los que realizan mayor suma de crueldades, la agonía prolongada del noble bruto, que pugna inútilmente por defender su vida, pues está predestinado á muerte segura en el redondel, la fiesta entera, en fin, cuyo único objeto es presentar el espectáculo del martirio; todo este conjunto de horrores va endureciendo poco á poco el corazón del hombre compasivo y reavivando las pasiones del inclinado al mal.

Es también una función que presenta en continuo é inminente peligro la vida del hombre y origen de muertes y de horribles desgracias.

Aunque sólo fuera por el sacrificio inútil y cruel del indefenso y pobre caballo, las corridas de toros serían merecedoras de la mayor censura.

Ese hermoso y leal compañero del hombre, que tanto le sirve y le ayuda, bien merece, al fin de su trabajosa vida, no ser sacrificado con inaudita fiereza, condenándole á prolongada agonía, para diversión y regocijo del pueblo.

EL TAURÓMANO

La corrida de toros, la fiesta nacional por excelencia, es ejercicio y enseñanza de destreza y valentía. Admira y regocija el triunfo del hombre sobre los más feroces animales. Como en la guerra, se aclama al vencedor, pero con mejor sentido, porque allí se sacrifica á un sér racional y aquí se pelea y vence en buena lid, frente á frente, á un indómito bruto. No exacerba los malos instintos de la plebe como algunos creen, y lo prueba que no son peores los aficionados á esa fiesta que los contrarios.

Tocante á su crueldad tan declamada, la estadística nos demuestra que las carreras de caballos, los ejercicios acrobáticos, la exhibición de fieras, sin acudir al pugilato inglés, ni á los simulacros de guerra, dan un contingente mayor de muertes y desgracias que las corridas de toros. Se sacrifican caballos, es verdad; pero antes de condolernos en demasía de su pérdida, pensemos en la suerte de un caballo viejo é inútil en aquellos países que se precian de más cultos.

En todos ellos, un trabajo fatigoso de día y de noche, mala alimentación y por final el matadero, es su destino casi inevitable. En los toros el caballo es sacrificado en pocos minutos. El que se conduce de su agonía piensa que es mayor su sufrimiento, porque no calcula que en ese dolor no entra más que la sensación momentánea. Ni sabe el caballo que va á morir, ni lo que la muerte representa, y aunque lo supiera holgaríase de ella, porque para él significa menos años de martirio.

EL DE OÍDO FINÍSIMO

El oír bien es grandísimo beneficio, por las incalculables ventajas que proporciona. Muchas veces la vida, la honra ó la fortuna dependen de una frase imprudentemente dicha y cogida al vuelo por el interesado. Pero aun sin acudir á esos casos extremos, una de las mayores contrariedades que se pueden experimentar es saber el sordo que á su lado se ventilan importantes cuestiones ó se ocupan en ingeniosas y risueñas pláticas, y permanecer ajeno á todo y sin enterarse de nada, como si estuviese á larga distancia, apelando como único recurso á importunar continuamente al vecino con objeto de saber algo, siempre poco y de mala manera.

Es desesperante también, para el que sufre este tormento, pasar al lado de un conocido que sabiendo su defecto acompaña á respetuoso saludo una frase burlona ó despreciativa, como algunas veces sucede, y quedarse aquél en la duda de la significación que puede alcanzar el rumor equívoco que á su oído ha llegado, sin el derecho de castigar una ofensa, por no tener certidumbre de ella. Y si este caso ocurre delante de gente, aun es peor y más bochornoso.

En una palabra: ni el talento ni la habilidad pueden compensar la falta de oído, y esto explica el mal humor que siempre acompaña á la sordera.

EL SORDO

La falta de oído me proporciona malos ratos y, sin embargo, pensándolo bien, mi defecto no es de tanta monta como parece. En primer término me ahorra escuchar las infinitas tonterías que diariamente tienen que oír los demás. Sabiendo que no oigo, nadie viene á contarme sino aquello que tiene alguna importancia, y todo lo insignificante pasa para mí inadvertido como debiera pasar para todos. Pero la gran ventaja de la sordera consiste en proporcionar á cada momento el pretexto de no oír más que lo que convenga. ¡De cuánto pedigrüño nos libra y de cuánto pillo ó necio importuno puede sencillamente desembarazarnos esta imperfección con la salvadora frase: ¡no le oigo á usted! En cambio, ¡cuántos apuros pasa, cuántos circunloquios y hábil fraseología necesita emplear el que oye bien para sustituir el maravilloso efecto de estas dos palabras: ¡no oigo! Por eso el que no sea sordo debe en muchas ocasiones aparentar serlo.

Es también este defecto muy general y uno de los menos incómodos, pues llega á ser compañero casi inevitable de la edad madura, y bien se le podría acoger con gusto en cambio de otros muchos achaques, porque ni causa dolor, ni impide divertirse y seguir sus ocupaciones como todo el mundo.

Por último, si acaso puede ser objeto de alguna burla, el resultado más inmediato será poner de manifiesto la grosería y mala educación del bromista.

EL POBRE RESIGNADO

Una gran dosis de despreocupación, algo de ingenio, no se necesita mucho, y continuo manejo de incensario á troche y moche, es lo que caracteriza y acompaña al llamado vividor.

Pero como todas estas cualidades, mejor diríamos defectos, no se avienen con la naturaleza del hombre honrado, de ahí que los que más se estiman huyen de emplearlas aunque puedan, y se reducen, si nacieron en humilde y pobre cuna, á buscar la vida por caminos más trabajosos y difíciles, pero también más dignos.

El que sin reparar en medios emplea todo su tiempo buscando sólo la manera de vivir mejor, prueba su mezquindad de espíritu y su bajeza de aspiraciones.

¡Cuánto más digno de respeto y de consideración es el que, aun careciendo de lo necesario, á nadie pide, ni molesta en nada!

Aunque no ejecute grandes obras ni lleve á cabo grandes empresas, merece ser apreciado por sólo la dignidad de su conciencia, no menos que los hombres de talento y de imaginación; que si bien se considera, el propio decoro y la conformidad en la desgracia son cualidades más difíciles de encontrar y más meritorias que la fantasía y la inteligencia.

EL VIVIDOR

El gran combate que desde que el mundo es mundo no ha cesado ni cesará un momento, es la lucha por la existencia. Vivir es el más importante problema de la vida, problema que algunos lo encuentran resuelto desde la cuna, pero que la inmensa mayoría tiene que resolver á fuerza de energía y de habilidad.

¿Qué valen ni la invención en el artista, ni la investigación en el sabio, ni las elucubraciones en el filósofo, ante el trabajo de cada hora y de cada minuto y ante el esfuerzo de ingenio y de raciocinio que necesita emplear el que sin tener para vivir tiene que vivir?

Porque el artista, el sabio, el filósofo, trabajan voluntaria y cómodamente.

Sólo la imperiosa precisión del sustento diario, base de la vida, no concede tregua alguna. Alegre ó triste, animoso ó abatido, es preciso mantenerse y vestirse, y, lo que es más aún, buscar el modo de conseguirlo.

Como consecuencia ineludible, el que se encuentra sin medios de llenar estas necesidades, da prueba de una inteligencia poderosa, de un ingenio singular, de una enegía á prueba de reveses y de una constancia admirable, si logra vivir alejado de la miseria; y ante el esfuerzo de imaginación y de entendimiento, que tal victoria significa, debiera todo el mundo reconocer y alabar las grandes cualidades que enaltecen al vividor.

EL AMANTE DE LA NATURALEZA

La misión del arte es copiar la realidad, pero la copia tiene que resultar siempre pálida.

Ninguna poesía, descripción ni obra dramática conmoverá nunca tanto como el hecho que vemos ó el espectáculo de la creación que admiramos.

El convencimiento de que es real y cierto lo que nos impresiona, excita nuestra sensación á un extremo imposible de lograrse por lo ficticio.

Nunca la pintura podrá retratar el movimiento y la animación en las figuras, ni la grandiosidad en el paisaje.

Hasta el efecto de la perspectiva sólo puede conseguirse en complicidad con el benévolo espectador que educa su vista para poder imaginarse ver aire y espacio en un solo plano.

Las mejores esculturas dan tan imperfecta idea de los seres vivientes como los fósiles de los que han vivido, porque la vida no se puede copiar.

Los más grandiosos monumentos quedarán siempre rebajados y empequeñecidos ante el paisaje que les sirve de marco, sin lograr ninguno de ellos elevar el espíritu hasta el límite que la contemplación del Océano ó del desierto.

Y por último, ¿qué combinación musical podrá producir el sublime terror de la tempestad desencadenada, la dulce melancolía del murmullo de la fronda en el bosque, ó de las nocturnas aves en el campo, la alegría de los rumores que acompañan á la aurora ó la tristeza que inspiran los dulces y misteriosos de la tarde?

EL AMANTE DEL ARTE

Como digna corona de la sublime obra de la creación formó Dios al hombre, animándole con su soplo divino, y en este excelso origen se funda la suprema aspiración del artista á la perfección estética que enaltece y agiganta sus inmortales producciones.

Así el poeta escoge para sus trovas los personajes más nobles y los lugares de mayor encanto; el músico reúne sonidos de armonía superior á todos los rumores del viento y del mar, del bosque y del torrente; el pintor descubre tipos de belleza que aventajan á cuantos existen; el arquitecto eleva monumentos que asombran por su grandiosidad, y basílicas que invitan con misteriosa fuerza á doblar la rodilla y á prorrumpir en ferviente oración; y el escultor convierte la tosca piedra en estatuas admirables de imperecedera memoria.

En resumen, ¿dónde hay árboles con más galanura que las columnas de Corinto, grutas que aventajen en sus bóvedas y en sus naves al Pantheon de Agrippa y á las catedrales de San Fernando, sonidos que extasien más que el *Don Juan* de Mozart y las sublimes salmodías de San Gregorio el Magno, ni hombres como el *Antinous* de Fidias y el *Gladiador* de Canova, ni seres que iguallen á las asombrosas figuras de la Farnesina y del Vaticano?

EL AFICIONADO Á IR EN COCHE

En las grandes poblaciones el coche es una necesidad.

Por esto se multiplican tanto los carruajes particulares para los poderosos, los de plaza para los de mediana fortuna y los tranvías y ómnibus para el resto de los transeuntes.

En invierno el coche evita las pulmonías, en verano las insolaciones y en todo tiempo el cansancio y muchas enfermedades. Es también necesario, para activar toda clase de asuntos, ahorrar tiempo y evitar encuentros enojosos.

Pero hay más. Supongamos un hombre rico, á quien nada precisa salir de su casa, uno, en fin, tan desocupado, que fuera modelo de comodidad en todo y por todo. Pues bien: á ese sujeto le conviene tanto como á los demás el coche diario. Su posición le obliga á mostrarse en él; su comodidad á huir de toda fatiga y á pasear muellemente reclinado en su berlina ó milord, según las estaciones; y hasta la misma higiene le prohíbe las mudanzas repentinas de temperatura, las apreturas peligrosas, los roces con personas convalecientes, los múltiples peligros, en una palabra, á que se expone todo peatón desde que sale hasta que vuelve á su casa.

EL QUE PREFIERE IR Á PIE

El coche es inútil y perjudicial.

Es inútil, porque el tiempo que puede ahorrar es bien corto comparado con el que cada día desperdiciamos, y en muchos casos ni siquiera se ahorra. En las grandes poblaciones, el que va en coche tiene que dar rodeos innecesarios al peatón; se ve detenido por obstáculos que el de á pie no encuentra, y, por el contrario, en otras ocasiones llega más pronto de lo que á su negocio conviene.

¡Cuántas veces sale uno de su casa, habiendo tomado una resolución, y al llegar al término de su viaje reconoce que debe hacer todo lo contrario!

Ventaja es esta reservada al peatón, que puede reflexionar despacio mientras marcha á su destino.

Es perjudicial, porque la molicie engendra gravísimas enfermedades con la falta de ejercicio, y acostumbra al cuerpo á no poder resistir cualquier brusca mudanza de temperatura. En cuanto á razones sociales, la antipatía y la murmuración siguen los pasos del que se presenta en carruaje, haciéndole blanco del rencor de los envidiosos.

Respecto á placer y entretenimiento, el ejercicio es una delicia, raras veces disfrutada por el que va siempre en coche, pues la costumbre llega á convertirse para él en perezosa necesidad; y en cuanto á comodidades, el peatón, cuando está fatigado, con sentarse en los paseos ó en los cafés, encuentra un nuevo deleite en el descanso, que el otro no experimenta.

EL TERTULIANO DE CAFÉ

A los que no gustan de las visitas cotidianas nocturnas, ni de ir al teatro diariamente, ni de encerrarse en casa toda la noche, no les queda otra elección que el casino ó el café.

Pero las tertulias de éste tienen inmensas ventajas sobre las de aquél.

La primera y más importante de todas es evitarse el peligro del juego, pues todos los casinos viven á expensas de este vicio, y la tentación es fuerte.

Además, el que no pertenece á ningún casino se ahorra la cuota de entrada y la mensual, y sentado á la mesa de un café, rodeado de varios amigos, se divierte más que los socios de cualquier club, porque la animación de los cafés, con el incesante ir y venir de mucha gente de uno y otro sexo, la variedad de tipos, las conversaciones en voz alta, la circulación de los mozos cargados con diversas bebidas, el paso de los vendedores ambulantes y alguna que otra cómica disputa, dan un carácter especial al cuadro, que recrea la vista y entretiene el ánimo agradablemente.

Añádese á esto la comodidad de no tener que subir escaleras y la grandísima ventaja de no estar expuesto á cada instante á un sablazo del jugador desbalijado, ó de los que, en los círculos, viven de darlos diariamente.

EL SOCIO DE UN CASINO

Nuestros abuelos pasaban horas y horas incómodamente sentados á la mesa de un café, rodeados de desconocidos, con un calor sofocante, una atmósfera siempre cargada, empujados á cada momento por los que entraban y salían ó por los mozos cargados de vasos, platos, comestibles y bebidas, que amenazaban los vestidos y aun el cuerpo del tertuliano.

Hoy sus nietos hallamos grato solaz á todas horas en los nuevos círculos y casinos.

En los círculos la autoridad del socio halaga el amor propio, se disfruta de muchas comodidades, los periódicos, libros y revistas recrean é instruyen, y la conversación entre gente que toda se conoce y de la misma ó parecida posición social anima y entretiene.

Los juegos mismos están libres de los peligros de tahures y garitos, colocados casi siempre muy cerca de los cafés, y los gánchos que en éstos abundan no hallan entrada en los círculos importantes.

Todas estas ventajas se adquieren por una suma, relativamente pequeña, de entrada y otra mensual, en desproporción por lo mínima con las comodidades y beneficios que proporciona.

ÍNDICE

	PÁGINAS.
Prólogo.....	1
El hombre.....	4
La mujer.....	5
Don Quijote.....	6
Sancho Panza.....	7
El amigo del campo.....	8
El amigo de la ciudad.....	9
El buen mozo.....	10
El feo.....	11
El enamorado.....	12
El indiferente.....	13
El celoso.....	14
El confiado.....	15
El parásito.....	16
El anfitrión.....	17
El gigante.....	18
El enano.....	19
El delgado.....	20
El gordo.....	21
El barbilampiño.....	22
El barbudo.....	23
El modestísimo.....	24
El farsante.....	25
El fumador perpetuo.....	26
El enemigo del tabaco.....	27
El callado.....	28
El hablador.....	29
El que vive de recuerdos.....	30
El que vive de esperanzas.....	31
El trabajador perpetuo.....	32
El holgazán.....	33
El desprendido.....	34
El egoísta.....	35
Heráclito.....	36
Demócrito.....	37

El irascible.....	38
El impasible.....	39
El presumido.....	40
El abandonado.....	41
El ocupadísimo.....	42
El desocupado.....	43
El miserable.....	44
El despilfarrador.....	45
El disimulado.....	46
Don Claridades.....	47
El pesimista.....	48
El optimista.....	49
El vehemente.....	50
El fleumático.....	51
El higiénico.....	52
El desarreglado.....	53
El sobrio.....	54
El glotón.....	55
El vacilante.....	56
El terco.....	57
El pleitista.....	58
El enemigo de todo pleito.....	59
El contento con su suerte.....	60
El ambicioso.....	61
El finísimo.....	62
El grosero.....	63
El nacionalista.....	64
El cosmopolita.....	65
El de gran memoria.....	66
El desmemoriado.....	67
El acreedor.....	68
El deudor.....	69
El madrugador.....	70
El trasnochador.....	71
El turista.....	72
El hombre casero.....	73
El rápido.....	74
El tortuga.....	75
El filarmónico.....	76
El melófono.....	77
El friolero.....	78
El ardoroso.....	79
El casero.....	80
El inquilino.....	81
El joven tímido.....	82
El viejo verde.....	83
El duelista.....	84
El que no se bate nunca.....	85

El que nunca pide.....	86
El pedigüeño.....	87
El bebedor de agua.....	88
El borracho.....	89
El observador.....	90
El distraído.....	91
El casamentero.....	92
El enemigo del matrimonio.....	93
El opositorista perpetuo.....	94
El pancista.....	95
El humanitario.....	96
El guerrero.....	97
El último figurín.....	98
El refractario á la moda.....	99
El mañoso.....	100
El torpe de manos.....	101
Cara de Pascua.....	102
Cara fosca.....	103
El patriota.....	104
El extranjerizado.....	105
El benévolo.....	106
El murmurador.....	107
El artificioso.....	108
Pero Grullo.....	109
Don Facilidades.....	110
Don Dificultades.....	111
El incorruptible.....	112
El venal.....	113
El enemigo de curiosear.....	114
El curioso.....	115
El enemigo de juegos de azar.....	116
El jugador.....	117
El amigo de todos.....	118
Sin amigos.....	119
El fuerte.....	120
El débil.....	121
El coleccionista.....	122
El enemigo de las colecciones.....	123
El listo.....	124
Una medianía.....	125
El de vista de lince.....	126
El miope.....	127
El teórico.....	128
El práctico.....	129
El arrojado.....	130
El miedoso.....	131
El mundano.....	132
El misántropo.....	133

El humildísimo.....	134
El orgulloso.....	135
El sabio.....	136
El ignorante.....	137
El vergonzoso.....	138
El desvergonzado.....	139
El que prefiere la poesía á la prosa.....	140
El que prefiere la prosa á la poesía.....	141
Sin antojos.....	142
El antojadizo.....	143
Romeo.....	144
El mariposa.....	145
El cazador.....	146
El protector de los animales.....	147
El pescador de caña.....	148
El enemigo de la pesca de caña.....	149
El clásico.....	150
El romántico.....	151
El tauróforo.....	152
El taurómano.....	153
El de oído finísimo.....	154
El sordo.....	155
El pobre resignado.....	156
El vividor.....	157
El amante de la naturaleza.....	158
El amante del arte.....	159
El aficionado á ir en coche.....	160
El que prefiere ir á pie.....	161
El tertuliano de café.....	162
El socio de un casino.....	163

